

CINCO PEPITAS DE NARANJA

Al revisar mis notas y memorias sobre los casos de Sherlock Holmes entre los años 1882 y 1890, me encuentro con tantos de ellos que presentan fisonomías extrañas e interesantes, que la tarea de seleccionar los mejores no resulta nada fácil. Hay algunos, no obstante, que ya han salido a la luz pública por medio de la prensa, y otros en que mi amigo no tuvo oportunidad de desplegar aquellas cualidades especiales que él poseía en tan alto grado, y que me propongo dar a conocer por medio de estas publicaciones. También existen otros casos en que su habilidad analítica se vio frustrada, y que constituirían relatos inconclusos; mientras que otros han sido solucionados sólo en parte, fundándose más bien en conjeturas e hipótesis que en esas pruebas de pura lógica que tanto lo apasionaban. Entre estos últimos, sin embargo, hay uno tan notable en sus detalles y sorprendente por sus resultados, que estoy tentado de darlo a conocer, a pesar de que hay ciertos puntos relacionados con él que hasta la fecha no han sido esclarecidos totalmente, y que, probablemente, nunca lo serán.

El año 1887 nos proporcionó una larga serie de casos interesantes en mayor o menor grado. De todos ellos conservo anotaciones. Entre éstas se encuentra una relación de la aventura de Paradol Chamber, de la Sociedad de Mendicantes, que mantenía un lujoso club en el sótano de una bodega de muebles; de los hechos relativos a la pérdida del barco británico "Sophy Anderson"; de las extrañas aventuras de Grice Paterson en la isla de Uffa; y, finalmente, del caso de

envenenamiento de Camberwell. Como se recordará, en este último, Sherlock Holmes, moviendo la cuerda del reloj del muerto, pudo probar que le había dado cuerda dos horas antes, y que, por ende, el individuo se había acostado durante ese intervalo: deducción de capital importancia para el esclarecimiento del problema. Algún día podré narrar todos estos casos; pero ninguno de ellos presenta rasgos tan singulares como el que ahora entro a relatar.

Fue en los últimos días de septiembre, y las tormentas de otoño se habían dejado caer con excepcional violencia. El viento aullaba y la lluvia había azotado las ventanas durante todo el día; de modo que, aun en el corazón de Londres – esa gran obra humana – nos veíamos obligados a olvidarnos momentáneamente de la rutina diaria y reconocer la existencia de esas formidables fuerzas naturales que desafían a la humanidad a través de las rejas de su civilización, como bestias salvajes en una jaula. A medida que la noche se acercaba, la tempestad crecía en intensidad, y el viento chillaba y sollozaba en la chimenea, como un niño. Sherlock Holmes, con aire meditabundo, sentado a un lado del fuego, se ocupaba en concordar *su* índice de casos criminales, mientras en el lado opuesto yo leía absorto las estupendas historietas marinas de Clark Russell, hasta que los aullidos del vendaval, afuera, parecían confundirse con los del relato, y el chapoteo de la lluvia, con el bramido de las olas del mar. Mi mujer había ido a visitar a su madre, y yo, por pocos días, había vuelto a mis antiguos aposentos, en Baker Street.

– Vaya – dije –. Han tocado la campanilla. ¿Quién puede venir esta noche? Tal vez algún amigo suyo.

– Con excepción de usted, no tengo ninguno – replicó –. No estimulo las visitas.

– ¿Algún cliente, entonces?

– De ser así, el caso sería serio. De otro modo, nadie saldría de su casa con este tiempo y a tales horas. Creo más probable que sea alguna amistad del ama de llaves.

Sin embargo, Sherlock Holmes se había equivocado al hacer esta conjetura, porque, dentro de poco, se oyeron pasos en el vestíbulo y golpecitos en la puerta. Extendió su largo brazo para apartar de su lado la lámpara y colocarla cerca de la silla destinada a nuestro visitante.

– ¡Adelante!

El individuo que entró era joven, de veintidós años, a juzgar por su físico, cuidadosamente peinado y vestido, con cierto aire de refinamiento y delicadeza en su porte. Por el paraguas chorreante y el largo impermeable empapado, se veía que había andado en medio de la furiosa tempestad para llegar hasta nosotros. Miró a su alrededor, anhelante, y, a los reflejos de la lámpara, pude ver que cara estaba pálida y sus ojos tristes, como si le atormentara el peso de una gran angustia.

– Debo darles mis excusas... – dijo, poniéndose los lentes de oro –. Espero que mi venida no sea impertinente... Temo dejar en sus habitaciones algunas señales de la lluvia y de la tempestad reinante.

– Déme su abrigo y paraguas – dijo Holmes –. Los colgaremos en la percha, y dentro de poco estarán secos. Veo que viene del Suroeste.

– Sí; de Horsham.

– Ese barro mezclado de cal que veo en las puntas de sus zapa tos es muy característico.

- He venido en busca de consejo.

– Eso puede conseguirse fácilmente.

– Y de ayuda.

– Eso no siempre es tan fácil.

– He sabido de usted, señor Holmes, por el mayor Prendergast, a quien usted salvó en el escándalo del Club Tankerville.

– ¡Ah! Es cierto. Lo acusaban, injustamente, de tramposo en las cartas.

– Me dijo que usted podía resolverlo todo.

– Le dijo demasiado.

- Que a usted no lo vencían nunca.
- He sido vencido cuatro veces: tres por hombres, y la cuarta por una mujer.
- ¿Pero qué es eso, comparado con el número de sus triunfos?
- Es cierto que, generalmente, he tenido buen éxito.
- Entonces lo va a tener en mi caso.
- Ruégole acercar su silla al fuego y proporcionarme algunos pormenores de su caso.
- No es un caso común.
- Ninguno de los que me llegan lo es. Soy el último tribunal de apelaciones.
- Y, sin embargo, señor, dudo de que, con toda su experiencia, haya tenido conocimiento anteriormente de una serie de acontecimientos más misteriosos e inexplicables que los que han ocurrido en mi propia familia.
- Sus palabras me llenan de interés – dijo Holmes –. Sírvase relatarnos los hechos esenciales, desde el comienzo, y después lo interrogaré acerca de aquellos pormenores que considere más importantes.

Allegó el joven su silla a la chimenea y colocó sus pies mojados cerca del fuego.

– Me llamo Juan Openshaw; pero mis asuntos personales, según entiendo, tienen poco que hacer con este terrible asunto. Es una cuestión hereditaria, de modo que, a fin de darle una idea clara de los hechos, debo relatarle la historia desde un principio.

“Ha de saber usted que mi abuelo tuvo dos hijos: mi tío Elías y mi padre, José. Este era dueño de una pequeña fábrica en Coventry, que él agrandó cuando inventaron las bicicletas. Las llantas Openshaw fueron patentadas por él, y su negocio tuvo tan buen éxito, que pudo venderlo y retirarse a descansar con una regular fortuna.

“Mi tío Elías emigró a América cuando era joven y se dedicó a trabajar como colono en Florida con próspera suerte, según las informaciones que se recibían. Al estallar la guerra,

peleó en el ejército de Jackson, y después bajo las banderas de Hood, llegando hasta el grado de coronel. Cuando Lee depuso las armas, mi tío regresó a su hacienda, en la que permaneció por tres o cuatro años. Entre 1869 y 1870 volvió a Europa y adquirió una pequeña finca en Sussex, cerca de Horsham. Había acumulado una gran fortuna en los Estados Unidos de Norteamérica, de donde se había alejado por su aversión a los negros y por el desagrado que le causaba la política republicana de concederles derechos políticos. Mi tío era hombre muy singular, de carácter violento e irascible, muy grosero en su lenguaje cuando se enojaba y sumamente retraído. Dudo de que durante todos los años en que vivió en Horsham visitara una sola vez la ciudad. Tenía un jardín y dos o tres potreros alrededor de su casa, a los que salía a tomar aire, si bien a menudo pasaba semanas enteras encerrado en su habitación. Bebía mucho brandy y fumaba en exceso; pero no le gustaban las amistades y no aceptaba la compañía de nadie, ni siquiera la de su propio hermano. Mi presencia, en cambio, no le molestaba; en realidad, me tomó cierto cariño, pues cuando me vio por primera vez yo era un muchacho de doce o más años. Esto era por el año 1878, después de haber vivido él ocho o nueve años en Inglaterra. Rogó a mi padre que me dejara ir a vivir con él, y, a su manera, fue muy cariñoso conmigo. Cuando estaba sobrio solía jugar a las cartas o damas. Me constituyó en su representante ante la servidumbre y los comerciantes; de manera que, a la edad de dieciséis años, yo era el verdadero amo de la casa. Todas las llaves estaban en mi poder, y tenía libertad para ir donde se me antojara, siempre que no lo molestara en su retiro. Sin embargo, había una excepción: un cuarto de trastos viejos en el desván, que permanecía invariablemente con llave y al que no permitía entrar ni a mí ni a nadie. Con infantil curiosidad, solía atisbar por el agujero de la llave, pero nunca pude ver más que una colección de baúles viejos y trastos, como era de esperar en una pieza como ésa.

“Cierta día, en el mes de marzo de 1883, se recibió en casa de mi tío una carta con estampillas extranjeras. No era corriente para él recibir cartas, pues pagaba todas sus cuentas al contado y no tenía amigos de ninguna especie.

“– ¡De la India! – dijo al cogerla –. Del correo de Pondicherry. ¿Qué puede ser esto?

“Al abrirla con gran prisa, saltaron de su interior cinco pepitas secas de naranja, que rebotaron sobre la bandeja. A la vista de esto, comencé a reír, pero la risa se me estranguló al ver su cara. Con los labios caídos, los ojos sobresalientes y el rostro color masilla, contempló el sobre que aún tenía en sus manos temblorosas.

“– ¡K. K. K.! – leyó, y luego se lamentó, diciendo – :¡Dios mío, Dios mío! ¡El castigo de todos mis pecados!

“– ¿Qué significa esto, tío? – grité.

“– La muerte – dijo, levantándose de la mesa y retirándose a su pieza, dejándome a mí horrorizado. Tomé el sobre, en cuyo interior, junto a la franja engomada, vi la letra K., repetida tres veces, garabateada con tinta roja. No contenía nada más, fuera de las cinco pepas de naranja. ¿Cuál podría ser el motivo del terror que abrumaba a mi tío? Salí del comedor, y mientras yo subía al piso superior, él bajaba, con una llave vieja y mohosa, que debe de haber correspondido al desván, en una mano, y en la otra, una cajuela de bronce, como alcancía.

“– Podrán hacer lo que se les antoje, pero yo los derrotaré – dijo, profiriendo un juramento –. Di a María que hoy voy a necesitar lumbre en la chimenea de mi pieza, y manda en busca de Fordham, el abogado de Horsham.

“Cumplí las órdenes impartidas, y al llegar el abogado se me mandó ir a la pieza de mi tío. La lumbre ardía alegremente. En la parrilla se veía un montón de cenizas negras y esponjadas, como de papeles quemados, y, a un lado, la cajuela de bronce, abierta y vacía. Al fijar la vista en ésta, noté, con sorpresa, que la tapa tenía grabadas las mismas tres iniciales que esa mañana había visto en el sobre.

“– Deseo, Juan, que sirvas de testigo en mi testamento – díjome mi tío –. Dejo toda mi finca, con todos sus derechos y cargas, a mi hermano, tu padre, de quien, sin duda, la heredarás tú. Si puedes disfrutar de ella en paz, santo y bueno; pero, si no puedes, sigue mi consejo, hijo mío, y légala a tu más odiado enemigo. Lamento dejarte una cosa que puede volverse contra ti, pero ignoro qué giro podrán tomar los acontecimientos. Ten la amabilidad de firmar donde el señor Fordham te indique.

“Firmé el documento, y el abogado se lo llevó consigo. Como usted se imaginará, este extraño incidente me causó la más profunda impresión, y reflexionaba en ello incansablemente, sin poder sacar nada en limpio. Con todo, no podía desprenderme de la vaga sensación de pavor que aquello me había dejado, si bien tal sensación fue debilitándose a medida que transcurrían las semanas sin que nada perturbara la rutina de nuestras vidas. Pude, sin embargo, advertir un cambio en mi tío. Bebía más que nunca, y cada día se tornaba más huraño. Pasaba en su pieza la mayor parte del tiempo, a puertas cerradas; pero de cuando en cuando salía en una especie de borrachera delirante y recorría frenético el jardín, con un revólver en la mano, gritando que no temía a nadie y que no se dejaría acorralar ni por el mismo diablo. Pasados estos arranques de violencia, sin embargo, volvía a la carrera a su habitación, atrancando y cerrando la puerta con llave, como quien no puede hacer frente por más tiempo al miedo que lo corroe, allá en el fondo de su alma. En tales ocasiones, aun en días fríos, he visto su frente empapada de transpiración, como si acabara de salir de un baño.

Pues bien, señor Holmes, para terminar de una vez y no abusar de su paciencia, llegó una noche en que, borracho, hizo una de esas frenéticas salidas, para no volver más. Cuando salimos en su búsqueda lo encontramos de bruces en una charca de aguas descompuestas que había a los pies del jardín. No había ninguna señal de que lo hubieran violentado, y la charca tenía sólo dos pies de agua; de modo que el

jurado, en atención a sus propias extravagancias, decidió que se trataba de un suicidio. Pero yo, que sabía el terror que le inspiraba la sola idea de la muerte, no podía persuadirme de que hubiera salido a buscarla voluntariamente. Sin embargo, la cosa quedó allí, y mi padre entró en posesión de la finca y de unas catorce mil libras esterlinas, que mi tío tenía a su haber en el banco.

– Permítame que lo interrumpa – dijo Holmes –. Su caso es uno de los más extraordinarios que he conocido. Déme la fecha de recepción de la carta por su tío, y la del supuesto suicidio.

– La carta llegó el 10 de marzo de 1883, y su muerte ocurrió siete semanas más tarde, en la noche del 2 de mayo.

– Gracias. Sírvase continuar.

– Cuando mi padre entró en posesión de la finca Hors-ham, a petición mía hizo un minucioso examen del desván, que siempre había estado cerrado con llave. Allí encontramos la cajuela de bronce, si bien su contenido había sido destruido. Sobre la cara interior de la tapa había un rótulo con las tres iniciales “K.K.K.”, y abajo una leyenda que decía: “Contiene cartas, memorándum, recibos y un registro”. Por esta indicación presumimos la naturaleza de los documentos destruidos por el coronel Openshaw. Fuera de esto, no había nada muy importante en el desván, como no fuera papeles sueltos y libretas de apuntes referentes a la época en que mi tío había vivido en América. Algunos eran del tiempo de la guerra, e indicaban que mi tío había cumplido con su deber y ganado reputación de valiente. Otros eran del período de reconstrucción de los Estados del Sur, y se referían principalmente a actividades políticas, pues era evidente que había actuado resueltamente en la campaña contra los politicastros explotadores enviados desde el Norte.

“Mi padre trasladó su residencia a Horsham, en los comienzos de 1884, y todo marchó admirablemente hasta enero de 1885. Al cuarto día después del Año Nuevo, cuando nos sentábamos a la mesa para almorzar, oí a mi padre dar

un grito de sorpresa, mientras en una mano tenía un sobre recién abierto, y en la palma de las otras cinco pepas secas de naranja. Siempre se había mofado de mí por lo que él llamaba cuento inverosímil acerca del coronel; pero ahora, cuando lo mismo ocurría con él, estaba espantado y perplejo.

“– ¿Pero qué demonios significa esto, Juan? – tartamudeó.

“Sentí que el corazón me dejaba de palpitar.

“– Debe de ser el mismo asunto de las tres iniciales – alcancé a decir.

“Miró en el interior del sobre.

“– Así es – dijo –. Aquí están las tres letras K. ¿Pero qué hay escrito encima de ellas?

“Mirando por sobre su hombro, leí: “Ponga los papeles en el reloj de sol”.

“– ¿Qué papeles y qué reloj de sol? – preguntó.

“– El reloj de sol está en el jardín; no hay otro – dije –. Pero los papeles deben de ser los destruidos por mi tío.

“– ¡Bah! – dijo, sacando fuerzas de flaqueza –. Vivimos en un país civilizado y no podemos creer en patrañas de esta clase. ¿De dónde viene esto?

“– De Dundee – repliqué, mirando el timbre de correos.

“– Alguna broma absurda – dijo –. ¿Qué tenemos que ver nosotros con relojes de sol y esos papeles? No pienso hacer caso de semejante tontería.

“– Yo informaré a la policía – dije.

“– ¿Para que se rían a mis expensas? Por cierto que no lo haré.

“– ¿Me permite, entonces, que lo haga yo?

“– No; te lo prohíbo. No quiero hacer cuestión de una tontería como ésta.

Me fue inútil tratar de persuadirlo, pues era muy testarudo, y quedé con el corazón lleno de presentimientos.

“Al tercer día de llegar la carta, mi padre se ausentó de casa, para visitar a un antiguo amigo suyo, el mayor Freebody, a cargo de uno de los fuertes de Portsmouth Hill. Me ale-

gré de su ida, porque me parecía que así estaría más distante de cualquier peligro que permaneciendo en casa. En esto, sin embargo, me equivocaba. Al segundo día de ausencia, el mayor me telegrafió, para rogarme que fuera inmediatamente. Mi padre había caído en un profundo pozo para extraer yeso, de los que abundan en la región, y estaba sin conocimiento, con el cráneo destrozado. Partí con gran prisa, pero falleció sin haber vuelto a recobrar sus sentidos. Según me parece, mi padre volvía de Fareham, en la penumbra de la tarde, y como no conocía el terreno y el pozo de yeso no estaba cercado, el jurado, sin titubear, se pronunció en el sentido de que la muerte se debía a un caso fortuito. Por más que examiné todos los antecedentes relacionados con su muerte, nada pude descubrir que me hiciera pensar en un asesinato. No había indicios de lucha, ni de pisadas, ni de intento de robo, ni noticias de haberse visto desconocidos por los caminos. Sin embargo, no necesito decirle que mi mente distaba mucho de estar tranquila, y tenía casi la certeza de que mi padre había caído víctima de una mala jugada.

“En estas siniestras condiciones entré en posesión de la herencia. Tal vez usted me preguntará por qué no la enajené. Pues porque estaba convencido de que todas nuestras desgracias provenían de algún incidente en la vida de mi tío, y que el peligro sería tan inminente para una familia como para cualquier otra.

“Desde que mi pobre padre tuvo su fatal caída, en enero de 1885, han transcurrido dos años y ocho meses. Durante este período he vivido feliz en Horsham, y empezaba a ilusionarme con que la maldición ya no pesaba sobre mi familia, y que se había extinguido con la pasada generación. Desgraciadamente, mis esperanzas eran prematuras: ayer en la mañana recibí el golpe, en la misma forma en que lo recibiera mi padre.

Sacó el joven, de su chaleco, un sobre arrugado, y vaciando su contenido sobre la mesa, dejó caer cinco pepitas secas de naranja.

– He aquí el sobre – dijo –. El timbre de correos es de Londres, división oriental. En su interior léense las mismas palabras que en el último mensaje a mi padre: “K.K.K. Ponga los papeles en el reloj de sol”.

– ¿Qué ha hecho usted? – preguntó Holmes.

– Nada.

– ¿Absolutamente nada?

– La verdad – hundió su cara entre sus manos delgadas y pálidas – es que me he sentido impotente, como un miserable animalillo cuando la serpiente se arrastra hacia él. Me parece estar bajo la sombra de una maldición inexorable, contra la cual no hay precaución ni medida que me valgan.

– ¡Vamos, hombre! – exclamó Holmes –. Usted debe hacer algo o está perdido. Sólo obrando con energía podrá usted salvarse. No hay que desesperar.

– Me he visto con la policía.

– ¡Ah!

– Pero allí escucharon mi historia con una sonrisa de incredulidad. Estoy convencido de que el inspector ha opinado que las cartas constituyen simples bromas y que las muertes de mis parientes se han debido a accidentes, como declaró el jurado, sin que hayan tenido ninguna relación con las advertencias.

Holmes blandió sus puños en el aire y exclamó:

– ¡Increíble imbecilidad!

– Sin embargo, me han proporcionado un guardia, para que se quede en mi casa.

– ¿Ha venido con usted esta noche?

– No. Tiene órdenes de permanecer en la casa.

Nuevamente Holmes perdió la paciencia.

– ¿Por qué no vino a mí? – exclamó – ; y sobre todo, ¿por qué no vino inmediatamente?

– No tenía noticias de usted. Fue sólo ayer cuando hablé con el mayor Prendergast acerca de mis desgracias, y me aconsejó que viniera a verlo.

– Hace dos días que recibió la carta, y ya deberíamos haber hecho algo. Supongo que usted no tiene mayores pruebas que la que nos ha presentado, ni ningún detalle sugestivo que pueda sernos útil.

– Hay uno – dijo Juan Openshaw. Revolvió en el bolsillo de su abrigo, y sacando un papel descolorido, de tinte azulado, lo puso sobre la mesa –. Recuerdo que el día en que mi tío quemó los papeles, observé que los márgenes sin quemar que quedaban entre las cenizas eran de este color especial, y me inclino a pensar que pueda ser uno de los papeles que, tal vez con la agitación, se separó de los demás y así se libró de la destrucción. No creo que pueda ayudarnos gran cosa. Tengo para mí que es una página de algún diario privado. No hay duda de que la escritura es la de mi tío.

Holmes allegó la lámpara y ambos nos inclinamos sobre el pliego de papel, que, por su borde rasgado, revelaba, en realidad, haber sido sacado de un libro. El encabezamiento decía: “Marzo, 1869”, y abajo se leían las siguientes enigmáticas anotaciones:

Día 4. Vino Hudson. Situación no cambia.

Día 7. Mandar las pepas a Mc Cauley, Paramore y Juan Suain, de San Agustín.

Día 9. Mc cauley alejado

Día 10. Juan Swain alejado,

Día 12. Visité Paramore. Todo bien.

-¡Gracias! -dijo Holmes, doblando el pliego y devolviéndolo a nuestro visitante- Y ahora no debe perder un instante más. No disponemos de tiempo ni siquiera para discutir lo que me ha contado. Usted debe regresar a su casa instantáneamente y actuar.

-¿Qué tengo que hacer?

-Sólo cabe hacer una cosa, y debe hacerse inmediatamente. Ponga el trozo de papel que nos ha mostrado en la cajueta de bronce, junto con una nota que diga que todos los demás papeles fueron quemados por su tío, y que éste es el

único que queda. Debe explicar esto en términos convincentes. Hecho esto, coloque inmediatamente la caja sobre el reloj de sol, conforme a las instrucciones. ¿Entendido?

-Perfectamente.

-Por el momento no piense en venganza, ni en nada por el estilo. Creo poder conseguir eso por medios legales. Lo que tenemos que hacer es preparar nuestro plan, pues ellos ya tienen el suyo listo. Como primera providencia, debemos eliminar el inminente peligro que lo amenaza; y en segundo lugar, dilucidar el misterio y sancionar a los culpables.

-Gracias -dijo el joven, levantándose y poniéndose su abrigo-. Me ha infundido usted vida y esperanzas. Haré todo lo que me aconseja.

-No pierda un segundo y, sobre todo, resguarde mientras tanto su persona, pues no me cabe ninguna duda de que está bajo la amenaza de un peligro real e inminente. ¿Cómo va a volverse?

-Por tren, desde Waterloo.

-No son las 9 aún. Las calles están todavía llenas de gente, así es que confío en que podrá ir seguro; sin embargo, tome el máximo de precauciones.

-Estoy armado.

-Muy bien hecho. Mañana me pondré a trabajar en su caso.

-¿Lo verá en Horsham, entonces?

-No; el secreto está en Londres y es aquí donde lo buscaré.

-Bien; dentro de uno o dos días vendré a darle noticias sobre la cajuela y los papeles, y a aconsejarme con usted en todos sentidos.

Se despidió de cada uno de nosotros con un apretón de manos y salió. Afuera, el viento aún bramaba y la lluvia chapoteaba y azotaba contra las ventanas. Esta extraña y espeluznante historia parecía haber brotado de en medio de los elementos enfurecidos, lanzada hacia nosotros como jirón de

alga marina en un huracán, y ahora, haber sido reabsorbida nuevamente por ellos.

Sherlock Holmes permaneció por algún tiempo sentado, en silencio, con la cabeza inclinada hacia adelante y la mirada fija en los rojizos resplandores del fuego. Encendió luego la pipa, y, echándose hacia atrás en su sillón, contempló las volutas de humo azulado en su lenta ascensión hasta el techo.

-Creo, Watson -observó por fin-, que de todos los casos que hemos conocido, ninguno ha sido más fantástico que éste.

-Excepción hecha, tal vez, de la Marca de los Cuatro.

-Tal vez tengamos que hacer esa excepción. Sin embargo, pareceme que este Juan Openshaw está rodeado de mayores peligros aun que los Sholtorris.

-¿Pero se ha formado usted definitivo acerca de la naturaleza de tales peligros?

-Por lo tocante a su naturaleza, no hay lugar a dudas -respondió.

-¿De qué se trata? ¿Quién es el que se firma con esas tres iniciales y por qué motivo persigue a esa desgraciada familia?

Sherlock Holmes cerró los ojos, afirmó sus codos en los brazos del sillón, y, con las puntas de sus dedos juntas, me dijo:

-Al razonador ideal debiera bastarle con un solo hecho, de todo el problema, para deducir no sólo la serie de acontecimientos que lo han producido, sino también todos los resultados que se van a derivar de él. De la misma manera que Cuvier podía describir correctamente un animal, en todas sus partes, por el examen de uno solo de sus huesos, así también el observador que se ha penetrado debidamente de uno de los eslabones de la cadena de Incidentes, debiera poder colegir con exactitud todos los demás, anteriores y posteriores. Todavía no nos hemos dado cuenta de los resultados que pueden alcanzarse con la ayuda de la pura razón. Por la

meditación pueden resolverse problemas en que han fracasado todos los que han procurado hacerlo con ayuda de sus sentidos. Sin embargo, para que tal sistema alcance su máxima perfección, es menester que el investigador pueda utilizar todos los hechos que han llegado a su conocimiento; y esto solo, como usted comprenderá, implica la posesión de amplísimos conocimientos generales, prenda rara de encontrar en un individuo, aun en estos tiempos en que hay libertad de educación y abundancia de enciclopedias. Sin embargo, no es del todo imposible que un individuo posea todos los conocimientos que puedan servirle en su trabajo, y esto es lo que, en mi caso, he procurado hacer. Si mis recuerdos no me fallan, en cierta ocasión, en los primeros tiempos de nuestra amistad, usted definió con mucha precisión los límites de mi cultura general.

-Sí -contesté riendo- Era un documento muy singular. Recuerdo que, según ese cuadro de su cultura, sus conocimientos en filosofía, astronomía y política eran nulos; en botánica, heterogéneos; en geología, los suficientes para determinar manchas de barro hasta de 50 kilómetros alrededor de Londres; en química, vastísimos; en anatomía, medianos y desordenados, y en literatura sensacionalista, increíblemente vastos; además, figuraba usted como violinista, boxeador, espadachín, abogado, cocainómano y fumador. Creo que éstos eran los principales puntos de mi análisis.

Holmes hizo una mueca al oír el final del análisis, y dijo:

-Pues bien, entonces, como ahora, creo que todo hombre debiera mantener el desván de su cerebro bien provisto de todos los utensilios que tenga probabilidad de usar, poniendo los demás en el cuarto de trastos viejos de su biblioteca, de donde puede sacarlos en caso de necesidad. Respecto del asunto que nos han encomendado esta noche, por cierto que necesitaremos juntar todos nuestros recursos. Por favor, pásame el tomo correspondiente a la letra K de la Enciclopedia Americana, que está en la repisa, a su lado. ¡Gracias! Consideremos ahora la situación y veamos qué podemos

deducir. En primer lugar, debemos partir de una base casi positiva: que el coronel Openshaw tuvo alguna razón muy poderosa para abandonar América. Los hombres de su edad no cambian voluntariamente todos sus hábitos ni el delicioso clima de Florida por la vida solitaria en una provincia de Inglaterra. Su extremada afición a la soledad, durante su vida en Inglaterra, sugiere la idea de que temía algo; de modo que podemos admitir, como hipótesis inicial, que el coronel tenía miedo de alguien o de algo que lo había hecho alejarse de América. En cuanto al objeto de sus temores, sólo podemos deducirlo de las formidables cartas recibidas por él y sus sucesores. ¿Se fijó usted en los timbres postales de esas cartas?

-La primera era de Pondicherry; la segunda, de Dundee, y la tercera, de Londres.

-Del Este de Londres. ¿Qué colige usted de eso?

-Todos son puertos; por lo tanto, el remitente ha estado a bordo.

-Excelente. Ya tenemos una pista. En realidad es muy probable que el remitente estuviera a bordo. Y ahora, consideremos otro punto. En el caso de Pondicherry, transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su cumplimiento; y en el caso de Dundee, sólo tres o cuatro días. ¿Qué sugiere esto?

-Una mayor distancia que viajar.

-Pero la carta venía también desde más lejos.

-Entonces, no se me ocurre nada.

-Por lo menos, hay una presunción de que el navío en que viajan el o los individuos es mercante. Parece que despa-charan su extraño aviso antes de partir ellos a su misión. Vea usted con qué rapidez siguió la tragedia al aviso cuando éste fue enviado desde Dundee. Si ellos hubieran venido de Pondicherry en un vapor, habrían llegado casi al mismo tiempo que su carta, pero, en el hecho, transcurrieron siete semanas. Creo que esas siete semanas corresponden a la dife-

rencia entre el buque-correo que trajo la carta, y el buque de vela que condujo al autor de ella.

-Es posible.

-Más aún; es probable. Ahora comprenderá usted la angustiosa urgencia de este nuevo caso y el porqué de mis recomendaciones a Openshaw para que tuviera cuidado. El golpe ha sobrevenido siempre al término del tiempo que demoran los remitentes en hacer el trayecto. Pero este aviso viene de Londres mismo, y, por consiguiente, no hay que contar con demoras.

-¡Bien, bien! -exclamé-, ¿qué puede significar esta persecución encarnizada?

-Los papeles que Openshaw trajo consigo son, evidentemente, de importancia capital para la o las personas que viajan en el buque de vela. Me parece casi seguro que deben ser varias personas.

Un solo hombre no podría haber llevado a cabo dos muertes y en ambas engañar al fiscal del jurado. Deben de ser varios los mezclados en el asunto; y gente resuelta y de recursos. Se proponen recobrar esos papeles, quienquiera que sea su poseedor. En estas condiciones, las tres iniciales K dejan de corresponder a un individuo y se transforman en la insignia de una sociedad.

-Pero, ¿de qué sociedad?

-¿Nunca ha oído usted -dijo Sherlock Holmes, inclinándose y bajando la voz- hablar del Ku Klux Klan?

-Jamás.

Holmes hojeó el libro que tenía sobre sus rodillas y dentro de poco dijo:

-Aquí está.

-Ku Klux Klan.- Nombre derivado de una caprichosa semejanza con el ruido que se produce al amartillar un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue constituida por algunos ex soldados en los Estados del Sur a raíz de la guerra civil, y rápidamente se formaron sucursales de ella en diversas partes del país, principalmente en Tennessee, Luisiana, las Ca-

rolinas, Georgia y Florida. Sus poderes fueron empleados con fines políticos, especialmente para atemorizar a los votantes de raza negra, y asesinar y echar del país a aquellos que se opusieran a sus ideas. Por lo general, sus atropellos eran precedidos de un aviso a la víctima, en forma fantástica, pero casi siempre reconocible: un manojo de hojas de encina, en algunas partes, semilla de melón o pepas de naranjas, en otras. Al recibo de este aviso, la víctima podía abjurar abiertamente de sus anteriores ideas o huir del país. Si continuaba desafiando a sus enemigos, moría infaliblemente, y casi siempre en forma extraña e imprevista. Tan perfecta era la organización de la sociedad y tan eficaces sus métodos, que casi no se registra ningún caso de individuos que la desafiaran impunemente, o de que sus atropellos permitieran descubrir a sus perpetradores. La institución prosperó por algunos años, a pesar de los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos y de las clases superiores en las comunidades del Sur. Finalmente, en 1869, el movimiento terminó en forma más o menos súbita, si bien, desde entonces, ha habido estallidos aislados de la misma índole.”

-Verá usted -dijo Holmes, cerrando el tomo- que el repentino fracaso de la sociedad coincidió con la época en que Openshaw desapareció de América, llevándose sus papeles, lo que bien puede ser causa y efecto. No es de maravillarse que él y su familia sean víctimas de la más implacable persecución, pues, como usted comprenderá, ese registro y memorias pueden envolver a hombres eminentes del Sur, y habrá muchos que no dormirán tranquilos mientras esos documentos no se recuperen.

-Luego, la página que hemos visto...

-Contiene lo que podíamos esperar. Si no me equivoco, decía: Enviadas las pepas a A, B, C; esto es, se les ha enviado el aviso de la sociedad. En seguida, hay anotaciones sucesivas de que A y B han sido alejados, esto es, han salido del país; y, finalmente, que C ha sido visitado, según me temo, con resultados siniestros. Bien, doctor; creo que pode-

mos hacer luz sobre este oscuro asunto, y que, por el momento, la única esperanza del joven Openshaw estriba en hacer lo que he dicho. No hay más que decir o hacer por esta noche; así es que pásame mi violín y tratemos de olvidar este malhadado tiempo y a nuestros malvados congéneres.

A la mañana siguiente, el día estaba despejado y con sol brillante, cuyos rayos llegaban hasta nosotros amortiguados a través de la bruma de la gran metrópoli. Cuando bajé, Sherlock Holmes estaba ya tomando desayuno.

-Me perdonará usted que no lo haya esperado -me dijo-; tal como había previsto, tengo por delante un día de mucha actividad, investigando este caso del joven Openshaw.

-¿Qué medidas va a tomar? -pregunté.

-Eso dependerá del resultado de mis primeras averiguaciones. Es posible que tenga que ir a Horsham.

-¿No irá allá primero?

-No; comenzaré por la ciudad de Londres. Toque la campanilla para que la criada le traiga su café.

Mientras aguardaba, tomé de la mesa el diario no abierto aún y le di una mirada. Mi vista recayó en un título que me dio escalofríos.

-¡Holmes -exclamé-, es demasiado tarde!

-¡Ah! -dijo, dejando la taza en el platillo-, me lo temía. ¿Cómo sucedió?

Su voz era tranquila, pero pude ver que estaba bastante emocionado.

Vi impreso el nombre de Openshaw y el título de: "Tragedia cerca de Waterloo Bridge", en que se informaba lo siguiente:

"Anoche, entre 9 y lo P.M., el alguacil de policía Cook, en servicio cerca de Waterloo Bridge, oyó un grito de socorro y el ruido de un cuerpo que caía al agua. La noche era extremadamente oscura y tormentosa, de modo que, no obstante la ayuda de varios transeúntes, fue absolutamente imposible efectuar el salvamento. Sin embargo, dióse la alarma y, con la ayuda del servicio de policía fluvial, el cadáver pudo por fin

ser recobrado, y resultó ser el de un joven cuyo nombre, según un sobre descubierto en el bolsillo, es Juan Openshaw, domiciliado cerca de Horsham. Se supone que iba de prisa a tornar el último tren que sale de la estación de Waterloo, y que, a causa del apuro y de la gran oscuridad, extravió sus pasos y anduvo por la orilla de uno de los desembarcaderos para janchas a vapor. El cadáver no presentaba señales de violencia y no hay duda de que la muerte se debió a un desgraciado accidente, que debiera llamar la atención de las autoridades hacia las condiciones de los desembarcaderos del río”.

Permanecimos sentados y en silencio por algunos minutos. Holmes estaba más desanimado y conmovido que nunca. Por fin, dijo:

-Esto me hiere en mi orgullo, Watson. El sentimiento es sin duda mezquino; pero así es. El asunto se transforma ahora en cuestión personal mía, y, si Dios me da salud, haré caer esta pandilla en mis manos. ¡Pensar que este joven vino hasta mí en busca de ayuda y que yo lo envié al encuentro de su muerte!

Saltó de su asiento y se paseó por la pieza, lleno de la mayor agitación, con las mejillas encendidas, abriendo y cerrando nerviosamente sus manos largas y finas.

-Deben de ser demonios muy astutos -exclamó, por fin-. ¿Cómo pudieron atraerlo hasta allá? Ese malecón no está en el camino recto a la estación. Sin duda, el puente estaba demasiado concurrido, aun en una noche como ésta, para la consecución de sus propósitos. Bien, Watson, veremos quién ganará, a la larga. ¡Salgo ahora mismo!

-¿Va a la policía?

-No; yo seré mi policía. Cuando ya haya tejido la tela, pueden ellos coger las moscas; pero antes, no.

Todo el día estuve ocupado en mis actividades profesionales, y era ya tarde cuando regresé a Baker Street. Sherlock Holmes no había vuelto aún. Llegó cerca de las 10 de la noche, pálido y fatigado. Acercóse al aparador y, partiendo un

trozo de pan, se lo devoró ansiosamente, después de lo cual bebió un largo trago de agua.

-Está con hambre -observé.

-Muerto de hambre. No me he acordado de comer, de modo que no he tomado ningún alimento desde el desayuno.

-¿Ninguno?

-Absolutamente ninguno. No he tenido tiempo ni siquiera para pensar en ello.

-¿Y cómo han andado sus cosas?

-Bien.

-¿Tiene alguna pista?

-Ya los tengo atrapados en el hueco de la mano. El joven Openshaw no quedará sin venganza por mucho tiempo. ¡Vaya, Watson! Marquémoslos con su propia marca de fábrica. ¡Es buena idea!

- ¿Qué quiere usted decir?

Tomó una naranja del aparador y, partiéndola, la estrujó para extraerle las pepas, que cayeron sobre la mesa. Echó cinco de ellas en un sobre, en cuyo interior escribió: "De S.H. a J.C." Y, después de cerrarlo, lo dirigió a: "Capitán James Calhoun, navío *Lone Star*, Savannah, Georgia".

-Esta carta esperará al capitán a su entrada al puerto -dijo, riéndose entre dientes-. Va a causarle noches de insomnio, hasta que descubra que es un presagio tan seguro de su destino, como lo fue anteriormente para Openshaw.

-¿Y quién es este capitán Calhoun?

-El jefe de la pandilla. También atraparé a los otros; pero a él primero.

-¿Cómo lo rastreó?

Sacó de su bolsillo un largo pliego, lleno de fechas y nombres.

-He pasado todo el día consultando los registros y archivos viejos de Lloyd's, siguiendo la ruta posterior de cada una de las naves que hicieron escala en Pondicherry en enero y febrero de 1883. Había 36 naves de regular tonelaje que, según informes, habían estado allí durante esos meses. Una

de ellas, el Lone Star, atrajo instantáneamente mi atención, pues, si bien figuraba como habiendo salido de Londres, su nombre es el que se da a uno de los Estados de la Unión.

-Tejas, según creo.

-No estaba seguro entonces ni lo estoy ahora, pero sabía que la nave debía ser de origen americano.

-¿Y luego?

-Busqué en los registros de Dundee, y cuando descubrí que la nave Lone Star había estado allí el 25 de enero de 1885, mis sospechas se confirmaron. En seguida averigüé qué buques había actualmente en el puerto de Londres.

-¿Sí?

-El Lone Star había arribado aquí en la semana pasada. Me fui al muelle Albert y supe que había salido del río en las primeras horas de la madrugada de hoy, aprovechando la alta marea, en viaje de regreso a Savannah. En vista de esto, telegrafíé a Gravesend, y supe que la nave había pasado por allí hacía algún tiempo; y como sopla viento del Este, no me cabe duda de que debe estar más allá de Goodwins, y no muy lejos de la Isla Wight.

-¿Qué piensa hacer?

-¡Oh! Ya lo tengo en mis manos. El y sus dos compañeros son, según mis informaciones, los únicos americanos del buque. Los demás son finlandeses y alemanes. He sabido, también, que ninguno de los tres pasó la noche a bordo, según me enteré por el estibador que ha estado embarcándoles su cargamento. Por la fecha en que el buque de vela en que viajan llegue a Savannah, el buque correo ya habrá llegado con esta carta, y el cable habrá informado a la policía de allá que a estos tres caballeros se les necesita aquí con urgencia, por acusárseles de asesinato.

En los planes del hombre, sin embargo, nunca deja de haber alguna falla, por muy bien fraguados que estén; y los asesinos de Juan Openshaw nunca recibieron las pepas de naranja que les habrían demostrado que otro, tan astuto y resuelto como ellos, les seguía la pista. Muy prolongadas y

violentas fueron las tempestades otoñales ese año. Por mucho tiempo esperamos noticias de Savannah, acerca del Lone Star, pero nunca nos llegaron. Al fin, supimos que en medio del Atlántico, entre grandes olas, se habían divisado restos destrozados del porta de popa de la nave, con las iniciales L. S. grabadas en su superficie; y eso fue todo lo que supimos sobre la suerte que corrió el Lone Star.

EL MENDIGO DE LA CICATRIZ

Isa Whitney, hermano del difunto Elías Whitney, doctor en teología, director del Colegio de Teología de San Jorge, tenía el vicio del opio. Según entiendo, lo adquirió por estúpido capricho, cuando estaba en el colegio, pues habiendo leído las descripciones de De Quincey sobre sus propios sueños y sensaciones, empapó su tabaco en láudano, tratando de obtener los mismos efectos. Como ha ocurrido a muchos, descubrió que el vicio era más fácil de adquirir que de abandonar, y por luengos años continuó siendo esclavo de la droga, y objeto de horror y de compasión para sus amigos y parientes.

Me parece que todavía lo veo, todo encogido en su sillón, con la cara pálida y macilenta y los párpados caldos, jugando con muñecos que representaban a sus alumnos, convertido en un verdadero despojo del que fuera un gran hombre.

Cierta noche, en junio de 1889, tocaron la campanilla a la hora en que todos comenzamos a bostezar y a mirar la hora. Me levanté de mi asiento y mi mujer dejó sus costuras en la falda, diciendo con cierto desaliento:

-Algún enfermo. Vas a tener que salir.

Di un rezongo, pues acababa de volver a casa después de un día muy fatigoso.

Oímos abrir la puerta, unas cuantas palabras dichas de prisa, y luego, rápidos pasos sobre el linóleo. Se abrió la puerta de nuestra habitación y entró una señora vestida de color oscuro, con velo negro.

-Me excusarán ustedes que venga tan tarde -comenzó por decir, y luego, perdiendo todo dominio de sí misma, corrió a abrazarse de mi mujer y púsose a sollozar sobre su hombro-

¡Oh! ¡Me encuentro en una dificultad tan grande! -gimió-.
¡Necesito tanto que me ayuden!

-Pero si es Kate Whitney -dijo mi mujer, alzándole el velo-
¡Qué sobresalto me has dado Kate! ¡No te había reconocido
cuando entraste!

-No sabía qué hacer; por eso vine directamente hacia ti.

Era lo de siempre: los que tenían alguna aflicción venían a
mi mujer en busca de consuelo.

-Te agradezco que te hayas acordado de mí. Ahora, sírvete
un sorbo de vino mezclado con agua, y sentada aquí, cómodamente,
cuéntanos lo que te pasa. ¿Prefieres que Santiago se retire a descansar?

-¡Oh, no, no! También necesito los consejos y la ayuda M
doctor. Se trata de Isa. Ha estado fuera de casa desde hace
dos días, y estoy tan preocupada por él.

No era la primera vez que ella nos había hablado del vicio
de su marido, a mí, como médico, y a mi mujer, como antigua
amiga y compañera de colegio. Nosotros la consolábamos y
apaciguábamos lo mejor que podíamos. ¿Sabía ella dónde
estaba su marido? ¿Sería posible que se lo hiciéramos volver?

Parece que lo era. Ella sabía positivamente que en los
últimos tiempos, cuando a su marido le venían los ataques,
solía recurrir a un fumadero en el extremo oriental de la ciudad.
Hasta entonces sus orgías se habían limitado a un solo día, y
volvía por la tarde, crispado y maltrecho; pero en esta ocasión
el hechizo le había durado cuarenta y ocho horas, y seguramente
aún estaba allí, en medio de la hez de los muelles, inhalando
el veneno o durmiendo su borrachera. Ella estaba segura de
que allí podrían encontrarlo, en el Bar de Oro, en Upper Swandam.
¿Pero qué iba a hacer ella? ¿Cómo podía ella -mujer joven y tímida-
llegar hasta un lugar como ése y sacar a su marido de en medio
de los rufianes que lo rodeaban?

He allí el caso, y, por supuesto, no tenía más que una
solución. ¿No podría yo escoltarla hasta ese punto? Pero

pensándolo mejor, ¿qué objeto tendría llevarla a ella? Como médico de Isa Whitney, yo tenía influencia sobre él, y podría conseguir mejor mi propósito yendo solo. Prometí a su señora, por mi palabra, que, si lo hallaba en la dirección indicada, lo despacharía a su casa, en un coche, dentro de dos horas. Así, pues, diez minutos más tarde había dejado mi sillón y mi alegre saloncito y me dirigía a toda prisa en un coche hacia el este de Londres, en cumplimiento de una extraña misión, como en ese momento me pareció, si podría decir cuánto más extraña iba a resultar.

No encontré grandes dificultades en la primera etapa de mi aventura. Upper Swandam es una calleja ruin que serpentea detrás de los altos muelles al borde de la ribera norte del río hacia el este del Puente de Londres. Entre un negocio de ropa vieja y una taberna, después de bajar unos empinados peldaños, que conducían a una entrada negra como boca de lobo, encontré el fumadero que buscaba. Dando orden al cochero de que me aguardara, bajé los peldaños, gastados por el incesante trajín de los borrachos, y, gracias a la incierta luz que despedía una lámpara de aceite sobre la puerta, pude descorrer el cerrojo e introducirme en una pieza larga y baja, de atmósfera densa y pesada con el humo del opio, y guarnecida a ambos lados de camarotes de madera, como los que se ven en los buques de emigrantes.

A través de la penumbra podían verse vagamente figuras humanas, en extrañas y fantásticas actitudes, agachadas, arrodilladas, con la cabeza hacia atrás y la barba apuntando hacia arriba, mientras por aquí y allá ojos oscuros y mortecinos fijaban sus miradas sobre el recién llegado. En medio de la densa sombra, chispeaban pequeños círculos de luz rojiza, que tan pronto resplandecían como se debilitaban, según que el venenoso contenido que ardía en las pipas metálicas se avivara o menguara. La mayoría permanecía en silencio, pero algunos murmuraban consigo mismos, y otros hablaban entre sí en voz extraña, baja y monótona, con frases espasmódicas, seguidas de repentinos silencios; cada

cual mascullaba sus propios pensamientos, importándole poco las palabras de su vecino. En el extremo opuesto de la pieza, había un braserillo encendido, junto al cual, en un taburete de madera con tres patas, sentábase un viejo largo y flaco, con la barba apoyada en los puños y los codos sobre las rodillas, mirando fijamente el fuego.

Al entrar, un criado malayo, de color cetrino, se apresuró a pasarme una pipa con su provisión de droga, señalándome un camarote desocupado.

-Gracias. No vengo a quedarme -le dije- Un amigo mío, el señor Isa Whitney, está aquí y deseo hablarle.

Sentí movimiento y una exclamación a mi derecha, y escudriñando en la lobreguez, pude ver a Whitney, pálido, macilento y desgredado, que me fijaba la vista.

-¡Caramba! Es Watson -dijo. Su estado inspiraba lástima, con todos sus nervios en agitación-. Dígame, Watson, ¿qué hora es?

-Cerca de las once.

-¿De qué día?

-Viernes, 19 de junio.

-¡Santo ciclo! Creí que era jueves; y es jueves. ¿Para qué quiere atemorizarme?

Con esto, ocultó su cara entre los brazos y comenzó a lanzar agudos sollozos.

-Le aseguro a usted que es viernes. Su mujer lo ha estado aguardando desde hace dos días. ¡Debiera darle vergüenza!

-La tengo. Pero usted está equivocado, Watson, pues sólo he estado aquí unas cuantas horas, y he fumado, tres, cuatro pipas; no recuerdo cuántas. Ahora me iré con usted. No querría asustar a Kate, la pobrecita. ¡Déme la mano! ¿Tiene coche?

-Sí; tengo uno que me espera.

-Entonces me iré en él. Pero estoy debiendo algo. Averígueme cuánto es, Watson. Estoy algo débil. No puedo hacer nada.

Avancé por el estrecho pasadizo entre la doble hilera de fumadores, conteniendo el aliento para no respirar los detestables y enervantes vapores de la droga, en busca del regente. Al pasar al lado del viejo que estaba junto al brasero, sentí un brusco tirón de mi abrigo y oí que alguien me decía en voz baja:

-Siga de largo y después míreme desde lejos.

Tales palabras llegaron hasta mis oídos con perfecta claridad. Miré hacia abajo, pues no podían haber venido de otro que del viejo que tenía a mi lado; pero éste continuaba tan absorto como siempre, muy flaco, arrugado, agachado por el peso de los años, y con una pipa de opio sobre sus rodillas, como si de pura languidez sus dedos la hubieran dejado resbalar. Di dos pasos adelante y me di vuelta. Tuve que dominarme con todas mis energías para reprimir un grito de asombro. Se había puesto de espaldas de modo que nadie, sino yo podía verlo. Sus formas parecían haberse rellenado, sus arrugas desaparecido, sus apagados ojos recobrado su brío, y allí, sentado junto al fuego y con su sonrisa burlona al contemplar mi sorpresa, estaba nada menos que Sherlock Holmes. Hízome un leve ademán para que me le aproximara, e instantáneamente, al volver de nuevo su rostro hacia la concurrencia, recobró su aspecto de decrepita y babeante senectud.

-¡Holmes! -exclamé- ¿Qué demonios hace en este cuchitril?

-Baje la voz lo más posible -contestó- Tengo excelentes oídos. Si usted tuviera la gran amabilidad de desprenderse de ese borrachín de su amigo, me agradecería mucho conversar dos palabras con usted.

-Tengo el coche en la puerta.

-Entonces, por favor, mándelo a su casa. Puede usted estar tranquilo respecto de él, pues está demasiado maltrecho para que le haga ninguna diablura. También me permitiría recomendarle que enviara una nota a su mujer, en que le

diría que va a compartir mi suerte en una aventura. Si me espera afuera, me juntaré con usted dentro de cinco minutos.

Las peticiones de Holmes eran siempre tan terminantes y formuladas con tal aire de predominio, que era difícil resistirsele. Consideré, no obstante, que, después de dejar a Whitney instalado en el coche, mi misión estaba prácticamente terminada; y en cuanto a lo demás, no podía desear nada mejor que asociarme con mi amigo en una de aquellas singulares aventuras que constituían la normal condición de su existencia. En el espacio de pocos minutos escribí la nota a mi mujer, pagué la cuenta de Whitney, lo conduje al coche y lo vi alejarse en medio de la obscuridad. Muy pronto salió del fumadero la decrepita figura del viejo, y me hallé caminando por la calle con Sherlock Holmes. Por dos cuadras arrastró los pies, con paso incierto y espaldas gachas. Después, dando una rápida mirada a su alrededor, se enderezó y soltó la carcajada con todas ganas.

-Supongo, Watson -me dijo-, que usted se imagina que al vicio de la cocaína y todas las demás debilidades que usted me censura, he agregado el del opio.

-Por cierto que me sorprendí de encontrarlo allí.

-Pero no tanto como me sorprendí yo de encontrarlo a usted.

-Vine a buscar a un amigo.

-Y a encontrar a un enemigo.

-¿Un enemigo?

-Sí; uno de mis enemigos naturales, o, mejor dicho, una de mis presas. En dos palabras, Watson, estoy embarcado en una notable pesquisa, y he tenido esperanzas de descubrir una pista vagando sin rumbo fijo por los antros de estos borrachines, como otras veces lo he hecho. Si me hubieran reconocido en aquella cueva, no habría salido con vida; por cuanto la he empleado anteriormente para la consecución de mis propios fines, y el bribón M indostano que lo administra ha jurado vengarse en mí. En la parte trasera de ese edificio, cerca de la esquina de Paul's Wharf, hay una trampa que, de

poder hablar, contarla curiosas historias de lo que por ella ha pasado en noches tenebrosas.

-¡Qué! No querrá usted decir personas...

-¡Ay! Cadáveres, Watson. Seríamos ricos si nos dieran mil libras por cada pobre diablo que ha encontrado la muerte en esa cueva. Es la más ruin de todas las trampas que hay en la ribera del río, y temo que Neville St. Clair haya entrado en ella para no salir nunca más. Pero nuestro coche ya debiera estar aquí.

Llevóse los dedos índices a la boca y dio un penetrante silbido, que fue contestado desde lejos por otra señal similar, seguida dentro de poco por el ruido de ruedas y de cascos de caballos.

-Ahora, Watson -me dijo Holmes al aparecer en medio de la obscuridad un coche ligero cuyas linternas laterales despedían dorados destellos-, usted se vendrá conmigo, ¿no es así?

-Si puedo serle útil...

-¡Oh! Un compañero de confianza es siempre útil, y un cronista, más aún. Mi habitación en "Los Cedros" tiene dos camas.

-¿Los Cedros?

-Sí; la casa del señor St. Clair. Estoy viviendo allí mientras realizo esta pesquisa.

-¿Y dónde es?

-Cerca de Lee, en Kent. Tenemos una jornada de siete millas por delante.

-Pero no sé nada del asunto.

-Claro que no. Dentro de poco lo sabrá todo. Salte a mi lado. Está bien, Juan, no te necesitamos. Aquí tienes media corona. Búscame mañana, alrededor de las once. ¡Hasta luego, entonces!

Dio un ligero fustazo al caballo y nos lanzamos por una sucesión interminable de calles sombrías y solitarias, que se ensanchaban gradualmente, hasta encontrarnos cruzando un ancho puente de balaustradas, mientras por debajo de noso-

tros el río se deslizaba lóbrego y perezoso. Más allá del puente había otro triste desierto de ladrillos y techos, cuyo silencio era interrumpido sólo por los pesados y metódicos trancos de algún guardián, o por los gritos y cantos de algún grupo de trasnochadores. Nubes opacas cruzaban lentamente el cielo, y una que otra estrella titilaba débilmente por entre los claros. Holmes manejaba en silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como absorto en sus pensamientos, mientras yo, sentado a su lado, estaba lleno de curiosidad por saber cuál podría ser el objeto de esta nueva pesquisa que tan profundamente parecía preocuparlo; pero no me atrevía a interrumpir el curso de sus pensamientos. Habíamos ya recorrido varias millas y comenzado a llegar a la zona de las quintas rurales, cuando mi compañero, encogiéndose de hombros, encendió su pipa, con aire de estar satisfecho de sus propios actos.

-Tiene usted el gran don del silencio, Watson —díjome-En este sentido, es usted un compañero inapreciable. Por mi palabra, que es gran cosa para mí tener alguien con quien conversar, pues mis propios pensamientos no son del todo agradables. Pensaba en qué diré a esta encantadora mujercita esta noche, cuando me encuentre en la puerta.

-Olvida usted que yo no sé nada.

-Alcanzaré a imponerle a usted de los hechos antes de que lleguemos a Lee. Parece ser algo extremadamente sencillo, y, sin embargo, no le encuentro asidero alguno. Hay muchos hilos, sin duda; pero no puedo llegar al fin de la madeja. Voy a explicarle el caso clara y concisamente, Watson, y pudiera ser que usted viera alguna chispa donde yo sólo veo oscuridad.

-Adelante, entonces.

-Hace algunos años, para ser preciso en mayo de 1884, vino a Lee un caballero llamado Neville St. Clair, quien parecía tener bastante fortuna. Establecióse en una espaciosa quinta, trazó hermosos jardines y, en general, vivía como gran señor. Gradualmente, fue haciéndose de amistades en

el vecindario; en 1887 se casó con la hija de un cervecero de la localidad, y en la hora presente es padre de dos hijos. No tenía ningún empleo, pero estaba interesado en varias compañías; y, por regla general, iba a la ciudad por las mañanas y regresaba todas las noches de Cannon Street, por el tren de 5.14. El señor St. Clair cuenta ahora treinta y siete años; es hombre de hábitos moderados, buen marido, padre muy cariñoso, y querido por todos los que lo conocen. Puedo agregarle que el total de sus deudas, según hemos podido comprobar, asciende en este momento a ochenta y ocho libras y diez chelines; mientras que en el Banco tiene a su favor la suma de doscientas veinte libras. Por consiguiente, no hay razón para suponer que haya tenido dificultades económicas.

“El lunes pasado, el señor St. Clair fue a la ciudad más temprano que de costumbre, haciendo, antes de partir, la observación de que tenía que cumplir dos importantes encargos y que traería a su hijito una caja de cubos para jugar. Ahora bien, por pura casualidad, ese mismo lunes, poco después de su partida, su mujer recibió un telegrama en que le avisaban que una pequeña encomienda de bastante valor, esperada por ella desde hacía tiempo, estaba a su disposición en las oficinas de la Compañía Naviera Aberdeen. Si usted conoce bien las calles de Londres, sabrá que las oficinas de la Compañía están en la calle Fresno, que es rama de Upper Swandam, donde usted me encontró anoche. La señora de St. Clair se desayunó, partió para la ciudad, hizo algunas compras, fue a las oficinas de la Compañía, retiró su encomienda, y precisamente a las 4.35 se encontraba caminando por la calle Swandam, de regreso a la estación. ¿Me ha comprendido Ud.?”

-La cuestión es muy clara.

-Como usted recordará, el lunes fue un día extremadamente caluroso, y la señora St. Clair caminaba con lentitud, mirando a su alrededor, con la esperanza de encontrar un coche, pues el vecindario en que se hallaba no era de su

agrado. Mientras así caminaba por la calle Swandam, la señora oyó una exclamación o más bien un grito, y quedó paralizada de horror al contemplar a su marido que, desde la ventana de un segundo piso, la miraba y le hacía señas. La ventana estaba abierta, y pudo verle la cara perfectamente, por la cual revelaba hallarse en estado de inmensa agitación. Movía sus manos frenéticamente, haciéndole señas, y después desapareció de la ventana súbitamente, como arrebatado por una fuerza irresistible. Un detalle curioso que no escapó a sus perspicaces ojos de mujer es que, si bien llevaba chaqueta oscura, como al salir de su casa, estaba sin cuello ni corbata.

“Convencida de que algo anormal ocurría, bajó los peldaños a toda prisa, pues la casa no era otra que el fumadero de opio en que me encontró usted anoche, y, cruzando la puerta de calle, intentó subir la escalera que conducía al segundo piso. Al pie de ella, sin embargo, se encontró con el malvado indostano de quien le he hablado, quien la contuvo y, con el auxilio de un danés que actúa allí como su ayudante, la echó a empellones a la calle. Loca de incertidumbre y de temor, echó a correr y tuvo la rara fortuna de tropezar, en la calle Fresno, con un grupo de alguaciles a cargo de un inspector, que iban a hacer su ronda. El inspector y dos hombres la acompañaron hasta la casa en cuestión, y, venciendo la resistencia opuesta por el dueño, llegaron a la habitación en que el señor St. Clair había sido visto recientemente; pero no había ni señales de él. En realidad, en todo ese piso no encontraron alma viviente, salvo un miserable tullido de aspecto repugnante, quien, al parecer, se cobijaba allí. Tanto éste como el indostano juraron resueltamente que nadie más había estado en la pieza de la calle durante la tarde. Tan porfiadas eran sus negativas, que el inspector quedó perplejo, y casi comenzaba a creer que la señora St. Clair se había engañado, cuando de repente, dando ésta un grito, se abalanzó sobre una cajita de envase que estaba sobre la mesa y le arrancó la tapa: de su interior salió una verdadera cascada

de cubos para niños, que era el juguete que su marido había prometido llevar.

“Este descubrimiento y la manifiesta confusión del inválido revelaron al inspector que la cuestión era seria. Las habitaciones fueron objeto de un prolijo examen, y todo hacía pensar en un crimen abominable. La pieza de la calle estaba amoblada modestamente como salón, y conducía a un pequeño dormitorio que daba al respaldo de uno de los muelles. Entre éste y la ventana del dormitorio hay una angosta franja, seca durante la baja marea, pero cubierta de cuatro pies y medio de agua, por lo menos, cuando la marea sube. Al examinar se descubrieron indicios de sangre sobre la solera, y varias gotas aisladas en el suelo. Amontonadas detrás de una cortina, en la pieza de la calle, estaban todas las ropas del señor St. Clair, con excepción de su chaqueta. Sus botas, sus calcetines, su sombrero, su reloj, todo estaba allí. Estas prendas no presentaban ninguna señal de violencia; y fuera de ellas, no había más señales de su dueño. Por la ventana tenía que haber salido, según todas las apariencias, pues no se descubrió ninguna otra salida, y las siniestras manchas de sangre sobre la solera daban pocas esperanzas de que pudiera haberse salvado nadando, pues la marca había alcanzado su máxima altura en el momento de la tragedia.

“Ahora dos palabras acerca de los bellacos que aparecían directamente implicados en el asunto. El indostano era conocido como individuo de pésimos antecedentes; pero como, de acuerdo con la versión de la señora St. Clair se sabía que había estado al pie de la escalera a los pocos instantes de aparecer el señor St. Clair en la ventana, no podía ser más que simple cómplice en el crimen. Su defensa se basó en su absoluta ignorancia de todo lo ocurrido; alegó que no tenía conocimiento alguno de los actos de Hugo Booríe, su inquilino, y que no podía dar explicaciones de ninguna especie respecto de la presencia, en aquel sitio, de las ropas del caballero desaparecido. Esto por lo que hace al administrador indostano.

“En cuanto al siniestro tullido que habita en el segundo piso del fumadero, y que con toda certeza fue el último que vio al señor St. Clair, su nombre es Hugo Boone y su cara repugnante es familiar a todos los que van con mucha frecuencia a la ciudad. Es un mendigo profesional, bien que, para burlar los reglamentos de policía, pretende dedicarse a la venta de cerillas. Al comienzo de la calle Threadneedle, al lado izquierdo, como usted habrá visto, la pared hace un rinconcito. Allí se sienta diariamente este individuo, con las piernas cruzadas, y un pequeño surtido de cerillas en su regazo; y, como su aspecto inspira compasión, la caridad pública lo favorece con pequeñas limosnas que él recoge en un grasiento gorro de cuero, que tiende en el suelo, a su lado. Más de una vez he observado a este pájaro, antes de pensar siquiera que llegaría a conocerlo en mis actividades profesionales, y me he sorprendido del éxito que ha tenido en corto tiempo. Su apariencia es tan extraordinaria, que, como usted comprenderá, nadie deja de mirarlo: un pelo tupido color anaranjado, una cara pálida, desfigurada por una horrible cicatriz que, al contraerse, levanta el extremo del labio superior, una barba de perro de presa, y un par de penetrantes ojos oscuros que contrastan vivamente con el color de su pelo; todo lo cual lo hace destacarse en medio de la muchedumbre de mendigos corrientes, de los que también sobresale por su ingenio, pues siempre está listo para contestar cualquier chiste que le lancen los transeúntes. Tal es el individuo que, según ahora sabemos, es inquilino en el fumadero de opio y fue el último que vio al caballero que buscamos.

- ¡Pero un tullido! -dije-. ¿Qué podría haber hecho él solo contra un hombre en la lozanía de la vida?

-Es tullido en el sentido de que cojea al andar; pero, desde otros aspectos, parece ser fuerte y robusto. Seguramente su experiencia médica le dirá, Watson, que la debilidad en un miembro a menudo está compensada por excepcional vigor en los otros.

-Por favor, continúe su relato.

-La señora St. Claire se desmayó a la vista de sangre en la ventana y fue puesta en un coche y escoltada por la policía hasta su casa, como quiera que su presencia no les servía de nada. El inspector Barton, a cuyo cargo estaba la pesquisa, hizo una revisión muy prolija del local, pero sin encontrar nada que arrojará luz en el asunto. Se cometió un error al no arrestar al tullido inmediatamente, pues se le dejaron algunos minutos durante los cuales pudo haberse comunicado con su amigo el indostano; pero pronto se reparó esta falta, y se detuvo y registró al tullido, sin poder encontrarle nada que lo acriminara. Es verdad que había algunas manchas de sangre en su manga derecha, pero él mostró su dedo anular, en el que tenía una cortadura cerca de la uña, y explicó que la sangre provenía de allí, agregando que había estado en la ventana poco antes, y que las manchas que se habían visto tenían sin duda la misma explicación. Negó rotundamente haber visto jamás al señor Neville St. Clair y juró que la presencia de las ropas en su pieza constituía para él un misterio tan inexplicable como para la policía. Tocante a la afirmación de la señora St. Clair, de haber visto a su marido en la ventana, declaró que ella debía de estar loca o soñando. Fue trasladado a la comisaría, con grandes protestas de su parte, y mientras tanto, el inspector se quedó en las habitaciones, esperando que la marca manguante pudiera proporcionarle algún nuevo indicio.

“Y se lo proporcionó, si bien el fondo fangoso no descubrió lo que temían; pues, al retirarse la marea, dejó en descubierta la chaqueta del señor St. Clair, pero no a su dueño. ¿Y qué cree usted que hallaron en los bolsillos?

-No me imagino.

-No lo adivinaría usted fácilmente. Cada bolsillo estaba atestado de peniques y medios peniques: 421 de los primeros y 270 de los segundos. No era de admirarse que la chaqueta no hubiera sido arrastrada por la marea. Pero un cadáver es diferente. Entre el muelle y la casa fórmasse un furioso remolino, y era muy probable que la chaqueta, a causa de su

peso, hubiese quedado atrás, al ser arrastrado el cuerpo hacia el río por la fuerza de las aguas.

-Pero, según entiendo todas las demás ropas estaban en la pieza. ¿Habría que pensar que el cadáver tenía sólo la chaqueta puesta?

-No, señor; pero podría encontrarse una explicación bastante satisfactoria a primera vista. Suponiendo que haya sido este individuo Boone el que arrojó al señor St. Clair por la ventana, nadie, absolutamente nadie, podía ver lo que hacía. ¿Qué pensó, instantáneamente? Que tenía que zafarse de las prendas que pudieran delatarlo. Coge la chaqueta y, entonces, en el acto mismo de arrojarla, se da cuenta de que va a flotar sin hundirse. Disponía de poco tiempo, pues ya habría oído el ruido de pasos en la escalera, cuando la señora luchaba por abrirse camino, y tal vez habría sabido ya, por medio de su cómplice, el indostano, que en la calle la policía se acercaba. Corre hacia un escondrijo, donde guardaba las limosnas recibidas, y rellena los bolsillos de la chaqueta con todas las monedas de' que puede echar mano, para estar seguro de que se irá al fondo. Tírala por la ventana, y habría hecho lo mismo con las demás prendas si no hubiera oído el ruido de gente que subía en tropel, y apenas tuvo tiempo de cerrar la ventana antes que apareciera la policía.

-Por cierto que todo eso parece muy verosímil.

-Bien; adoptaremos esta explicación como primera hipótesis, a falta de otra mejor. Como ya le he contado, Boone fue arrestado y conducido a la comisaría, pero entre sus antecedentes anteriores no pudo encontrarse nada en su contra. Era conocido, desde muchos años, como mendigo profesional, pero su vida parecía haber sido muy pacífica e inocente. Tal es el estado del asunto, hasta el momento presente, y los puntos por resolver, a saber: qué hacía Neville St. Clair en el fumadero de opio, qué le ocurrió mientras se encontraba allí, dónde está actualmente y qué intervención cupo a Hugo Boone en su desaparecimiento, están todos tan distantes de ser resueltos como en un principio. Confieso que no recuerdo

en mi carrera ningún caso que pareciera tan simple a primera vista y que, no obstante, presentara tales dificultades.

Mientras Sherlock Holmes proporcionaba detalles sobre esta serie de singulares acontecimientos, habíamos cruzado los arrabales de la gran ciudad, dejando atrás las últimas casas aisladas, y ahora viajábamos en medio del campo. Sin embargo, al terminar su relato, llegábamos a dos caseríos, en cuyas ventanas se veían reflejos de luces.

-Estamos en las cercanías de Lee -dijo mi compañero durante este corto paseo en coche hemos pasado por tres condados, pues comenzamos en Middlesex, atravesamos Surrey y hemos terminado en Kent. ¿Ve aquella luz entre los árboles? Es de "Los Cedros", y junto a esa lámpara siéntase una mujer llena de ansiedad que, sin duda, ya habrá percibido el ruido de las pisadas de nuestro caballo.

-Pero por qué no ha atendido el caso en Baker Street? -pregunté.

-Porque hay muchas investigaciones que deben efectuarse aquí. La señora de St. Clair, con gran amabilidad, ha puesto a mi disposición dos piezas, y tenga usted la seguridad de que, como amigo y colega mío, será bien recibido. Detesto encontrarme con ella, Watson, sin tener ninguna nueva de su marido. Hemos llegado. ¡ Eh, aquí!

Detuvo el coche frente a una gran casa de campo, situada en medio de parques y jardines. Salió corriendo un mozo a hacerse cargo del caballo, y yo me bajé de un salto del carruaje y seguí a Holmes por un caminito de arena que serpenteaba hasta la casa. Al acercarnos, la puerta se abrió bruscamente y apareció, de pie en el hueco, una mujercita rubia, vestida de una especie de muselina de seda de color claro, con adornos de gasa rosa en el cuello y puños. Su silueta se destacaba contra el fondo iluminado, con una mano apoyada en la puerta y la otra medio en el aire, revelando su ansiedad; con el busto ligeramente inclinado, la cabeza echada para adelante, los ojos anhelosos y los labios entre-

abiertos, formulando con su sola presencia una muda pregunta.

-¿Y bien? -exclamó.

Luego, viendo que éramos dos los que veníamos, lanzó un grito de esperanza, que terminó en gemido, al ver que mi compañero sacudía la cabeza y se encogía de hombros.

-¿Ninguna buena noticia?

-Ninguna.

-¿Ni mala tampoco?

-No.

-Gracias a Dios por esto último. Pero, adelante. Usted debe de estar cansado, pues ha trabajado desde temprano.

-Este es mi amigo, el doctor Watson, quien me ha sido utilísimo en varios de mis casos, y, gracias a una afortunada casualidad, me ha sido posible traerlo y asociarlo conmigo en esta pesquisa.

-Estoy encantada de conocerlo -dijo, estrechándome calorosamente la mano-. Estoy segura de que usted perdonará cualquiera deficiencia que pueda notar en nuestra casa, considerando la desgracia que tan de repente ha caído sobre nosotros.

-Mi estimada señora -le dije-, soy soldado viejo, y aunque no lo fuera, comprendo muy bien que no es menester dar ninguna excusa. Si en algo puedo ayudar, sea a usted o a mi amigo, estaré muy feliz.

-Ahora, señor Holmes -dijo la dama, mientras nos llevaba a un comedor muy bien iluminado, sobre cuya mesa se veía una cena-, me gustaría mucho hacerle una o dos preguntas concretas, que le agradecería contestarme en igual forma.

-Por cierto, señora.

-No se preocupe por mis sentimientos, pues no soy histérica ni sufro desmayos. Sólo quiero saber su verdadera opinión.

-¿Sobre qué punto?

-En lo más íntimo de su alma, ¿cree usted que Neville esté vivo?

Parece que la pregunta puso en aprietos a Sherlock Holmes.

-Dígamelo francamente -repitió ella, poniéndose en pie y mirándolo fijamente, mientras él se echaba hacia atrás en la silla de mimbre.

-Pues, bien; francamente, señora, creo que no.

-¿Cree usted que está muerto?

-Lo creo.

-¿Asesinado?

-No digo eso. Tal vez.

-¿Y en qué día encontró la muerte?

-El lunes.

-Entonces, señor Holmes, tenga la bondad de explicarme cómo es que he recibido una carta suya hoy.

Sherlock Holmes saltó de su asiento, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

-¿Qué? -rugió.

-Sí; hoy.

Ella, de pie, sonreía, agitando en el aire una hoja de papel.

-¿Puedo verla?

-Naturalmente.

En su impaciencia, le arrebató la carta y, extendiéndola sobre la mesa, acercó la lámpara para someterla a un minucioso examen. Yo había dejado mi asiento y la miraba por sobre su hombro. El sobre era muy burdo y tenía el timbre del correo de Gravesend, con la fecha de ese mismo día, o, más bien, del anterior, pues era muy pasada la medianoche,

-Escritura burda -murmuró Holmes-. De seguro, señora, que ésta no es la de su marido.

-No; pero la del contenido es suya.

-Noto también que el que dirigió el sobre, quienquiera que haya sido, tuvo que ir a averiguar la dirección.

-¿Cómo puede usted decirlo?

-Como usted ve, el nombre está escrito con tinta completamente negra, que se ha secado sola. Lo demás es color

grisáceo, lo que revela el uso de papel secante. Si todo el sobre hubiera sido escrito al mismo tiempo, y secado después, en ninguna parte la tinta sería color negro intenso. Este individuo ha escrito el nombre, y ha habido una pausa antes de que escribiera la dirección, lo que sólo puede significar que no la sabía. Naturalmente, ésta es una menudencia, pero no hay nada más importante que las menudencias. Veamos ahora la carta. Ah, aquí ha venido algo.

-Sí; había un anillo suyo con su sello.

-¿Y está usted segura de que ésta es la letra de su marido? -Una de sus letras.

-¿Cómo una?

-Es su letra cuando escribe apurado. Es muy diversa de su letra corriente; pero, con todo, la conozco bien.

Decía:

Queridísima, no te asustes. Todo saldrá bien. Hay un gran error, que puede ser algo demoroso rectificar. Espera con paciencia.

NEVILLE

-Escrita con lápiz en una hoja suelta de libreta, tamaño octavo, sin marca de agua, ¡Hem! Depositada hoy en Gravesend por un individuo con el pulgar sucio. Y si no yerro mucho, el que humedeció la goma ha estado mascando tabaco. ¿Y usted no duda, señora, de que ésta es letra de su marido?

-No. Neville ha escrito estas líneas.

-Y las han puesto hoy en el correo de Gravesend. Bien, señora de St. Clair, el horizonte se despeja, si bien no me arriesgaría a decir que el peligro ha pasado.

-Pero él debe estar vivo, señor Holmes,

-A menos que ésta sea una falsificación muy ingeniosa para desviarnos de la verdadera pista. El anillo, después de todo, no prueba nada. Pueden habérselo quitado.

-¡No, no; es su propia letra!

-Muy bien. Sin embargo, la carta puede haber sido escrita el lunes y depositada en el correo sólo hoy.

-Eso es posible.

-De ser así, muchas cosas pueden haber ocurrido en el intervalo.

- ¡Oh, señor Holmes! No debe usted desesperanzarme. Sé que no le ha pasado nada. Existen entre nosotros dos tan íntimos lazos de simpatía, que si algún mal le hubiera sobrevenido, yo 10 habría sabido. El día en que lo vi por última vez se hizo una cortadura estando en el dormitorio, y, a pesar de que yo me hallaba en el comedor, corrí inmediatamente al segundo piso, casi con la seguridad absoluta de que algo le había ocurrido. Si el corazón me anuncia una pequeñez como ésa, ¿cree usted que podría ignorar el hecho de su muerte?

-He visto demasiado para no saber que la impresión de una mujer puede ser de mucho más valor que la conclusión de un investigador científico. Además, en esta carta tiene usted una prueba muy convincente para corroborar su opinión. Sin embargo, si su marido vive y puede escribir cartas, ¿por qué está alejado de usted?

-No puedo imaginármelo. Es algo increíble.

-Antes de dejarla, el lunes, ¿no hizo ninguna observación?

-No.

-¿Y se sorprendió usted de verlo en la calle Swandam?

-Muchísimo.

-¿Estaba la ventana abierta?

-Sí.

-Entonces podía haberla llamado,

-Podía haberlo hecho.

-¿Sólo dio, según entiendo, un grito inarticulado?

-Sí.

-Usted pensó que era un llamado de socorro.

-Efectivamente. Hacía señas con sus manos.

-Pero pudo haber sido un grito de sorpresa. ¿Cree usted que el asombro de verla inesperadamente pudo ser la causa de que levantara las manos?

-Es posible.

-¿Usted pensó que lo habían tomado por la espalda?

-Desapareció tan repentinamente que así lo pensé...

-Pudo haber dado un salto hacia atrás. ¿No vio usted a nadie más en la pieza?

-No; pero aquel hombre horrible confesó haber estado allí, y el indostano estaba a los pies de la escalera.

-Precisamente. ¿Su marido, por lo que usted alcanzó a ver, tenía puestas sus ropas de costumbre?

-Pero sin cuello ni corbata. Pude ver claramente su garganta al descubierto.

-¿Habló él alguna vez de la calle Swandam?

-Nunca.

-Gracias, señora, éstos son los principales puntos que deseaba dejar completamente en claro. Ahora, tomaremos algún alimento y después nos retiraremos, porque es posible que mañana tengamos un día de mucha actividad.

Habían puesto a nuestra disposición una cómoda y amplia habitación con dos camas, y demoré muy poco en meterme entre las sábanas, porque estaba cansado después de mi noche de aventuras. Sherlock Holmes, en cambio, era hombre que, cuando tenía en su mente un problema por resolver, podía pasar días, y aun semanas, sin descansar, medítándolo, cambiando mentalmente el orden de los hechos, mirándolo desde todos los puntos de vista, hasta resolverlo o convencerse de que sus datos eran insuficientes. Pronto fue para mí un hecho que en esta ocasión se aprontaba para pasar sentado toda la noche. Quitóse chaqueta y chaleco, púsose una amplia bata azul, y después anduvo por la pieza coleccionando las almohadas de su cama y los almohadones del sofá y sillones. Con ellos construyóse una especie de diván oriental, sobre el cual se instaló con las piernas cruzadas, con una onza de tabaco grueso y una caja de fósforos al frente. A la tenue luz de la lámpara pude verlo allí, sentado, con su vieja pipa entre los labios, de la que se elevaba una lenta y silenciosa columna de humo; los ojos, inmóviles, mirando vagamente hacia un ángulo del techo, y la luz dando

de lleno sobre sus pronunciadas facciones aguileñas. Así estaba cuando me quedé dormido, y así lo hallé cuando una brusca exclamación suya me hizo despertar, para encontrar que el sol del estío iluminaba nuestra habitación. La pipa aún permanecía entre sus labios, la columna de humo aún se enroscaba hacia el techo, y una densa humareda llenaba la pieza; pero nada quedaba del montón de tabaco que había divisado la noche anterior.

-¿Despierto, Watson? -preguntó.

-Sí.

-¿Dispuesto a dar un paseo en coche?

-Naturalmente.

-Entonces, vístase. Aún no se ve movimiento en la casa, pero yo sé dónde duerme el caballerizo y pronto podremos sacar el coche.

Refíase entre dientes mientras hablaba, sus ojos centelleaban y parecía no ser la misma persona que el tétrico pensador de la noche anterior.

Mientras me vestía, miré mi reloj. No era de admirarse que no hubiera movimiento en la casa: eran las 4.25 de la mañana. Apenas había concluido de vestirme, cuando Holmes volvió con la noticia de que el mozo estaba enjaezando el caballo.

-Quiero ensayar una pequeña teoría mía -dijo, poniéndose las botas-. Creo, Watson, que su amigo aquí presente es el más solemne de los tontos y que merece le den de punta-piés. Pero creo haber dado ya con la llave del misterio.

-¿Dónde esta? -pregunté sonriente.

-En la pieza del baño -contestó-. Sí, sí, no estoy bromeando -continuó ante mi aire incrédulo-. Acabo de estar allí y la he sacado y guardado en este maletín. Vamos, muchacho, y veremos si le hace o no a la cerradura.

Bajamos al primer piso, haciendo el menor ruido posible, y salimos. Afuera, el sol matinal brillaba alegremente. En el camino estaba el coche con su caballo listo, y el mozo, a medio vestir, nos aguardaba. De un salto nos instalamos en

el vehículo y nos lanzamos a todo escape por el camino de Londres. Veíanse unos cuantos carretones que llevaban verduras a la metrópoli, pero las quintas, a cada lado del camino, permanecían tan silenciosas e inanimadas como una ciudad de ensueño.

-En ciertos aspectos, el caso ha sido raro -dijo Holmes, haciendo galopar el caballo-. Confieso que he sido más ciego que un topo; pero más vale saber las cosas tarde que nunca.

En la ciudad, los primeros madrugadores comenzaban a mirar soñolientos a través de las ventanas, mientras cruzábamos el distrito de Surrey. Pasado el puente de Waterloo, atravesamos el río, y lanzándonos por la calle Wellington, torcimos en ángulo recto hacia la derecha y nos encontramos en la calle Bow. Sherlock Holmes era muy conocido en la policía, y los dos alguaciles que estaban en la puerta lo saludaron. Uno de ellos tuvo las riendas del caballo, mientras el otro nos conducía al interior.

-¿Quién está de guardia? -preguntó Holmes.

-¡El inspector Bradstreet! ¡Buenos días!

Un oficial alto y corpulento había salido al pasadizo empedrado, con capuchón en la cabeza y chaqueta de cuero.

-Deseo hablar con calma dos palabras con usted, Bradstreet.

-Por cierto, señor Holmes. Pase a mi oficina.

La pieza era estrecha, con un voluminoso libro de cuentas sobre la mesa, y un teléfono que sobresalía de la pared. El inspector se sentó frente a su escritorio.

-¿En qué puedo servirlo, señor Holmes?

-He venido para tratar del mendigo Boone, acusado de estar implicado en el desaparecimiento del señor Neville St. Clair, de Lee.

-Sí. Fue traído y reencarcelado, para hacer nuevas investigaciones.

-Así he sabido. ¿Lo tienen ustedes aquí?

-En las celdas.

-¿Está tranquilo?

-¡Oh, sí! No causa ninguna molestia. Pero es un bribón muy sucio.

-¿Sucio?

-Sí; lo más que podemos conseguir es que se lave las manos; pero la cara la tiene negra como un carbonero. Una vez que su situación se aclare, le daremos un buen baño en la prisión; y si usted lo ve, creo que estará de acuerdo conmigo en que lo necesita.

-Me gustaría mucho verlo.

-¿Le gustaría? Es muy fácil. Venga por aquí. Puede dejar su maletín.

-No. Lo llevaré conmigo.

-Muy bien. Por aquí, si me hace el favor.

Hízonos bajar a un pasadizo, abrió una puerta de rejas, luego bajamos por una escalera de caracol y llegamos a un corredor de paredes blanqueadas, con una hilera de puertas a cada lado.

-La tercera de la derecha es la suya -dijo el inspector- ¡Esta es!

Abrió sin ruido una ventanilla en la parte superior de la puerta y miró a través de ¡la.

-Está durmiendo -dijo- Pueden ustedes verlo.

Ambos acercamos los ojos a la reja. El preso yacía vuelto hacia nosotros, durmiendo profundamente, con respiración lenta y pesada. Era un hombre de mediana estatura, vestido burdamente, como correspondía a su oficio, con una camisa de color, que sobresalía por el cuello de su andrajosa chaqueta. Tal como nos había dicho el inspector, estaba extremadamente sucio, pero el tizne que le cubría el rostro no alcanzaba a ocultar su repugnante fealdad. Una gruesa cicatriz le atravesaba toda la cara, desde el ojo hasta la barba, levantándole un extremo del labio superior y dejando ver tres dientes, como en perpetuo gruñido. Una greña de pelo rojo muy encendido le caía sobre la frente y ojos.

-Es una belleza, ¿no es cierto -dijo el inspector.

-Por cierto que necesita lavarse -observó Holmes Pensando que pudiera necesitarlo, me permití traer conmigo los elementos necesarios.

Mientras hablaba, abrió un maletín y, con gran sorpresa mía, sacó una voluminosa esponja para baño.

-Jo, jo! Es gracioso usted -dijo el inspector, riéndose entre dientes.

-Ahora, si usted tiene la gran bondad de abrir esa puerta muy despacio, lo haremos verse mucho más decente.

-Puede ser -dijo el inspector- Ahora no hace mucho favor a nuestras celdas, ¿no es verdad?

Introdujo la llave en la cerradura, y todos, muy silenciosamente, entramos en la celda. El durmiente medio se dio vuelta y cayó de nuevo en un profundo sueño. Holmes se agachó sobre el jarro de agua, humedeció la esponja y la frotó dos veces con fuera por toda la cara del preso.

-Permítanme que les presente -gritó- al señor Neville St. Clair, de Lee, en el condado de Kent.

Nunca en mi vida he visto algo semejante. Al contacto de la esponja, la cara del individuo se peló como una corteza de árbol. ¡Desapareció la gruesa capa de tintura café! Desapareció también el horrible costurón de la cicatriz, que la atravesaba de un lado a otro, y el labio torcido con su repugnante mueca. De un tirón salió la maraña de pelo rojo, y ante nosotros, sentado en su lecho, surgió un hombre, pálido, de cara triste y aire refinado, de pelo negro y cutis delicado, que se frotaba los ojos y nos contemplaba atónito y soñoliento. Entonces, dándose súbita cuenta del descubrimiento, lanzó un grito y ocultó la cara en la almohada.

-¡Santo cielo! -exclamó el inspector- Este es el hombre desaparecido. Lo conozco por la fotografía

El preso se dio vuelta, con aire resuelto de quien se entrega a su propio destino.

-Que sea así -dijo- Y ahora, ¿de qué se me acusa?

-De hacer desaparecer al señor Neville St... ¡ Oh! Pero a usted no lo pueden acusar de eso, a menos que lo culpen de

intento de suicidio -dijo el inspector haciendo una mueca- Bueno, bueno; llevo veintisiete años en el servicio; pero este caso es el mejor de todos.

-Si yo soy el señor Neville St. Clair, es evidente que no se ha cometido ningún crimen y que, en consecuencia, mi detención es ilegal.

-No se ha cometido ningún crimen, sino un gran error -dijo Holmes-. Usted habría hecho mejor en confiar en su mujer.

-Lo hice, no por mi mujer, sino por los niños -gimió el preso- Yo no quería que ellos se avergonzaran de su padre. ¡Dios mío! ¡Qué revelación! ¿Qué puedo hacer?

Sherlock Holmes se sentó a su lado, dándole bondadosas palmaditas en el hombro.

- Si usted deja la cuestión entregada a los tribunales de justicia, naturalmente que no podrá evitar la publicidad. En cambio, si usted convence a las autoridades policiales de que no hay delito alguno que puedan imputarle, no veo razón para que el asunto salga a la prensa. Estoy seguro de que el inspector Bradstreet tendrá la bondad de tomar nota de lo que usted pueda declararnos, y remitirá el asunto a las autoridades correspondientes. En esta forma, el incidente nunca llegará a conocimiento de los tribunales.

-¡Dios lo bendiga! -exclamó el preso, enternecido- Yo habría sobrellevado la prisión, y aun la muerte, antes que legar mi miserable secreto, como mancha de familia, a mis hijos.

“Ustedes son los primeros que sabrán mi historia. Mi padre era maestro de escuela en Chesterfield, donde recibí excelente educación. Viajé en mi juventud, trabajé como actor teatral y, por último, me coloqué como reportero de un diario vespertino de Londres. Cierta día mi jefe manifestó deseos de publicar una serie de artículos sobre la mendicidad en la metrópoli, y me ofrecí voluntariamente a proporcionarlos. Ese fue el punto inicial de todas mis aventuras, pues sólo actuando yo mismo como mendigo podía allegar los datos necesarios para escribir mis artículos. Cuando actor,

había aprendido, como es natural, todos los secretos de la caracterización, y me había hecho famoso entre mis colegas por mi habilidad en ese sentido. En esta oportunidad, me aproveché de mis conocimientos. Me pinté el rostro, y, para ponerme en el estado más lastimoso posible, fabriqué una gran cicatriz y con la ayuda de un parche me arreglé una torcedura en el labio. Entonces, provisto de una peluca de pelo rojo y de una vestimenta adecuada, tomé colocación en la parte comercial de la ciudad, en apariencias, como vendedor de cerillas, pero, en el hecho, como mendigo. Trabajé siete horas en mi nuevo oficio, y al regresar a casa, en la tarde, encontré con sorpresa que había recibido veintiséis chelines y cuatro peniques.

“Escribí mis artículos y no pensé más en el asunto, hasta que, algún tiempo después, con motivo de haber servido de fiador a un amigo, me demandaron, cobrándome veinticinco libras esterlinas. Estaba desesperado, sin saber de dónde sacar ese dinero, cuando, de repente, se me ocurrió una idea. Solicité de mi acreedor una prórroga de quince días, y de mis empleadores una breve licencia, y me dediqué esos días a pedir limosna en la ciudad, con el disfraz que había descubierto. A los diez días había reunido la suma necesaria y pagado la deuda. Bueno; ustedes se imaginarán lo difícil que se me haría volver a mis esforzadas labores para recibir dos libras esterlinas semanales, sabiendo que podía ganar esa suma con sólo pintarme la cara, poner mi gorro en el suelo y sentarme quieto. Fue una larga lucha entre mi orgullo y el afán de lucro; pero al fin ganó el dinero, y, abandonando mis actividades periodísticas, me sentaba día tras día en el rincón que había escogido la primera vez inspirando compasión con mi horrible cara y llenando mis bolsillos de monedas de cobre. Sólo una persona conocía mi secreto, y ésta era el dueño del cuchitril de Swandam Lane, donde tenía mis habitaciones, de las que salía cada mañana como un miserable mendigo, para transformarme en la tarde en un caballero intachable. Ese individuo -un indostano- recibía buena renta

por mis habitaciones, de modo que yo sabía que mi secreto estaba seguro en su poder.

“Pues bien; muy pronto descubrí que había ahorrado una suma considerable de dinero. Esto no quiere decir que cualquier mendigo de Londres pueda ganar 700 libras esterlinas anuales -que es menos que el promedio de mis ganancias- pues yo tenía la ventaja de mi excepcional habilidad para disfrazarme, como también mi rapidez para contestar chistes, que se aumentó con la constante práctica, todo lo cual me convirtió en uno de los mendigos más caracterizados de la ciudad. Todo el día llegaba hasta mí una lluvia de monedas de cobre, matizadas por alguna de plata, y consideraba mal día cuando no lograba reunir dos libras esterlinas.

“A medida que mi fortuna crecía; aumentaba mi ambición. Así fue como adquirí una casa en el campo, y, por fin, me casé, sin que jamás nadie sospechara cuál era mi verdadera ocupación. Mi querida esposa sabía que yo tenía negocios en la ciudad, pero nada sabía acerca de su naturaleza.

“El lunes pasado había terminado mi jornada diaria y me hallaba vistiéndome en mi pieza, arriba del fumadero de opio, cuando, al mirar por la ventana, veo con horror y asombro a mi mujer, detenida en la calle y con la vista fija en mí. Di un grito de sorpresa, levanté los brazos para cubrirme la cara, y corriendo hacia mi confidente, el indostano, le imploré que no dejara subir a nadie. Oí la voz de ella en el piso inferior, pero sabía que no podría subir. Rápidamente me despojé de mis ropas y púseme las de mendigo, con peluca y pinturas. Ni los ojos de mi esposa podrían reconocerme bajo un disfraz tan perfecto. Pero, en ese momento, se me ocurrió que podían revisar la pieza y que las ropas me delatarían. Abrí la ventana, lastimando, con el esfuerzo, una pequeña cortadura que me había hecho en el dormitorio esa mañana. Cogí, en seguida, mi chaqueta, que estaba pesada con las monedas que acababa de vaciar en sus bolsillos, provenientes del saco de cuero en que recogía las limosnas. Arrojéla por la ventana y desapareció entre las aguas del Támesis. Lo mismo iba a

hacer con las demás prendas, pero en ese instante sentí que los alguaciles subían en tropel, y, a los pocos minutos, en vez de ser reconocido como Neville St. Clair, me detenían como su presunto asesino, lo cual, debo confesar, me causó gran alivio.

"No sé si tenga algo más que explicar. Estaba resuelto a conservar mi disfraz el mayor tiempo posible, y de ahí que prefiriera no lavarme la cara. Sabiendo que mi esposa estaría terriblemente angustiada, me saqué el anillo y se lo entregué al indostano, en un instante en que ningún alguacil me observaba, junto a unas líneas escritas a toda prisa, en que le decía que no había nada que temer.

-La nota sólo le llegó ayer -dijo Holmes.

-¡Santo Cielo! ¡Qué semana la que debe de haber pasado!

-La policía ha tenido al indostano bajo su vigilancia -dijo el inspector Bradstreet-, y es muy comprensible que le haya sido difícil echar la carta al correo sin ser visto. Probablemente la entregó a algún marinero, cliente suyo, quien se habrá olvidado del encargo por algunos días.

-Eso es -dijo Holmes con un movimiento afirmativo de cabeza-; no me cabe la menor duda. ¿Pero nunca lo han perseguido a usted por pedir limosna en la vía pública?

-Muchas veces. Pero, ¿qué era para mí una multa?

-Sin embargo, el engaño debe terminar aquí -dijo Bradstreet-. Para que la policía silencie el asunto, Hugo Boone debe desaparecer.

-Lo he jurado en la forma más solemne.

-En tal caso, es probable que no se adopte ninguna medida. Pero si nuevamente lo encuentran a usted en esas actividades, todo saldrá a luz. Estoy seguro, señor Holmes, que todos le debemos mucho por haber aclarado la cuestión, y me gustaría saber cómo dio con su solución.

-Di con ella -dijo mi amigo- sentándome sobre cinco almohadones y fumándome una onza de tabaco grueso. Creo, Watson, que si partimos luego a Baker Street llegaremos a tiempo para tomar desayuno.

EL CARBUNCLO AZUL

Cierta mañana, dos días después de Pascua, pasé a ver a mi amigo Sherlock Holmes, con el propósito de desearle felicidades. Lo hallé recostado en el sofá, con una bata color púrpura, una pipa al alcance de su brazo derecho y un montón de periódicos matinales, arrugados y recién revisados, a su lado junto al sofá había una silla de madera, y de uno de los ángulos de su respaldo colgaba un sombrero de fieltro duro, muy andrajoso e indecente, estropeado con el uso y roto en varias partes. La presencia de un lente y pinzas sobre el asiento de la silla revelaban que estaba puesto allí para ser examinado.

-Usted está ocupado -le dije-; tal vez lo interrumpo.

-De ninguna manera. Me alegro de tener un amigo con quien poder discutir mis conclusiones. Se trata de un asunto enteramente trivial -y apuntó con su pulgar en la dirección del sombrero viejo-, pero hay algunos puntos relacionados con él que no carecen de interés y que, aun, son Instructivos.

Tomé asiento en su sillón y me calenté las manos frente al fuego que chisporroteaba en la chimenea, pues se había dejado caer una fuerte helada y las ventanas estaban cubiertas de escarcha.

-Supongo -observé- que, aunque de apariencia inofensiva, este sombrero se relaciona con alguna fatal historia y será la clave para llegar a la solución de algún misterio y al castigo de algún crimen.

-No; ningún crimen -dijo Holmes, riéndose-. Sólo uno de aquellos caprichosos incidentes que suelen producirse cuan-

do cuatro millones de seres humanos se apretujan unos contra otros en el espacio de unos cuantos kilómetros cuadrados. En medio del flujo y reflujo de tan densa muchedumbre, puede esperarse que los acontecimientos se combinen en todas las formas imaginables, a menudo raras y sorprendentes, pero no criminales. Ya hemos conocido casos de esa especie.

-Tanto es así -observé- que de los seis últimos que he agregado a mis notas, tres no han sido punibles.

-Exactamente. Alude usted a mi tentativa de recuperar los documentos de Irene Adler, al extraño caso de María Sutherland y a la aventura del boquituerto. Pues bien; no hay duda de que en el presente asunto es igualmente inocente. ¿Conoce usted a Peterson, el portero?

-Sí.

-A él pertenece este trofeo.

-¿Es su propio sombrero?

-No; él lo encontró. Su dueño es desconocido. No lo tome usted por lo que aparenta, sino como un problema científico. Y, ante todo, le -contaré cómo llegó hasta mí. Me lo trajeron en la mañana de Navidad, junto con un succulento ganso, que, sin duda: alguna, está en estos momentos en la asadera, frente al fuego. Peterson, que, como usted sabe, es hombre muy honrado, volvía de una fiestecita, camino de su casa, por la calle de Tottenham Court. Al frente de él vio, a la luz del gas, a un individuo alto que se tambaleaba ligeramente y llevaba un ganso blanco a la espalda. Al llegar a la esquina de la calle Goodge estalló una riña entre este desconocido y un grupo de rufianes. Uno de éstos le derribó el sombrero, en vista de lo cual el individuo alzó su bastón para defenderse, pero al blandirlo sobre su cabeza quebró una vidriera que quedaba a sus espaldas. Peterson corrió en auxilio del desconocido, pero éste, asustado por lo de la vidriera, y viendo que una persona uniformada y con apariencias de policía se abalanzaba hacia él, dejó caer el ganso, emprendió las de Villadiego y desapareció entre el laberinto de callejuelas,

detrás de la calle Tottenham Court, Los rufianes también se habían esfumado ante la presencia de Peterson, de modo que éste quedó dueño del campo de batalla y también del botín de la victoria, consistente en este sombrero roto y un espléndido ganso de Navidad.

-¿El cual, seguramente, devolvió a su dueño?

-Mi querido amigo: ahí está el problema. Si bien es cierto que la tarjetita atada a la pata izquierda del ave tenía impresa la indicación: "Para el señor Enrique Bakers", y que las iniciales E. B. también se leen en el forro del sombrero, no es menos cierto que en nuestra capital hay millares de personas de esos mismos nombres y que no es fácil restituir las especies perdidas a su verdadero dueño.

-¿Qué hizo, entonces, Peterson?

-En la mañana de Navidad me trajo el sombrero y el ganso, sabiendo que hasta los más pequeños problemas me interesan. Guardamos el ave sin tocarla, pero en la mañana de hoy, a pesar de haber helado, se estimo conveniente comerla sin mayor demora. En consecuencia, el mismo que lo halló se lo llevó, para darle el destino final de todo ganso; y yo, por mi parte, he conservado el sombrero del pobre señor que perdió su cena de Navidad.

-¿No lo ha reclamado por los diarios?

-No.

-Entonces, ¿qué indicios tiene para descubrir quién es?

-Sólo los que pueda deducir.

-¿De ese sombrero?

-Precisamente.

-Pero usted bromea. ¿Qué indicios puede proporcionarle este sombrero viejo y estropeado?

-Aquí tengo mi lente, y mis métodos usted los conoce. ¿Qué puede deducir usted mismo respecto de la persona del dueño de esta prenda?

Tomé el maltrecho sombrero en mis manos y lo di vuelta de mala gana. Era un sombrero negro muy ordinario, de forma redonda corriente, duro y muy estropeado por el uso. El

forro, de seda roja, estaba sumamente desteñido. No tenía marca de fábrica, pero, en cambio, como Holmes había observado, veíanse las iniciales "E.B." garabateadas a un lado. Tenía en el ala una perforación para el cordón, pero faltaba el elástico. Por lo demás, estaba roto, lleno de polvo y manchado en varias partes, tanto que parecía que habían tratado de disimular las manchas con tinta.

-No veo nada -dijo, devolviéndolo a mi amigo.

-Por el contrario, Watson, usted lo puede ver todo, si bien no sabe sacar conclusiones de lo que ve. Es usted demasiado tímido en sus deducciones.

-Pues, entonces, dígame qué deduce usted de este sombrero.

Lo cogió y contempló en aquella forma introspectiva que le era característica.

-Tal vez sea menos sugestivo de lo que pudo haber sido -observó-; pero, con todo, hay varias cosas que se desprenden claramente, y otras que se presentan con fuerte dosis de probabilidad. Que el individuo era bastante intelectual se deduce a la simple vista, como también que su situación económica ha sido realmente buena en los últimos tres años, si bien ahora atraviesa por un período de estrechez. Era previsor, pero ahora lo es menos que antes, lo que revela un retroceso moral que, considerado en conjunto con su revés de fortuna, parece indicar que es víctima de alguna influencia maligna, probablemente la del alcohol. Esto explicaría, asimismo, el hecho evidente de que su mujer ya no lo quiere.

-¡Dios mío, Holmes!

-Sin embargo, ha conservado cierta dignidad -continuó, sin parar mientes en mi exclamación- Es hombre de vida sedentaria, que sale poco y ha perdido la destreza corporal por completo; su edad es mediana; tiene cabellos grises, que se ha hecho cortar en los últimos días y que se unta con crema de limón. Estos son los datos más notables que se pueden deducir del examen de su sombrero. Además, lo más probable es que no tenga instalación de gas en su casa.

-No hay duda de que bromea, Holmes.

-De manera alguna. ¿Es posible que aun ahora, después de darle todos estos resultados, sea usted incapaz de ver cómo se llega a ellos?

-Sé que soy muy estúpido, y tengo que confesar que soy incapaz de seguir el hilo de sus deducciones. Por ejemplo, ¿de dónde sacó usted que el individuo era intelectual?

Por toda respuesta, Holmes se puso en su propia cabeza el sombrero, que se le caló hasta el caballete de la nariz.

-Es cuestión de capacidad craneana -dijo-; un individuo de cerebro tan grande debe tener inteligencia en igual proporción.

-¿Y su revés de fortuna?

-Este sombrero fue comprado hace tres años. Estas alas planas y levantadas en el borde son el resultado de tres años de uso. Su calidad es inmejorable. Mire la cinta de seda reforzada y el excelente forro. Si nuestro hombre pudo comprar un sombrero tan costoso hace tres años, y desde entonces no ha tenido otro, quiere decir, con toda seguridad, que ha descendido en el mundo de los negocios.

-En realidad, eso es bastante claro. Pero, ¿qué me dice de la previsión y del retroceso moral?

Sherlock Holmes se rió.

-Aquí está la previsión -dijo, poniendo su dedo en el ojal del cordón- Los sombreros nunca se venden con estas cosas. Si el individuo lo ha pedido especialmente, es señal de que poseía cierto grado de previsión, puesto que se molestó en tomar esta precaución contra el viento. Pero, como vemos que el elástico se ha roto, y él no se ha preocupado de reemplazarlo, es evidente que ahora es menos previsor que antes, señal manifiesta de que su carácter se ha debilitado. Por otra parte, ha tratado de disimular algunas de las manchas del sombrero, cubriéndolas con tinta, lo que demuestra que no ha perdido del todo su dignidad.

-Sus raciocinios son realmente admirables.

-Los puntos relativos a su edad, a su pelo gris, cortado recientemente, y a la crema de limón, se deducen todos de un examen prolijo de la parte inferior del forro. Con ayuda de la lente se descubren puntitas de cabello recién cortadas, todas ellas pegajosas y con fuerte olor a crema de limón. El polvo que cubre el sombrero, usted mismo puede comprobarlo, no es arenoso y gris, como el de la calle, sino suave y pardo, como el de las casas, lo que demuestra que ha estado colgado en la percha la mayor parte del tiempo; en tanto que las marcas de humedad en el interior son pruebas concluyentes de que su dueño transpiraba copiosamente, y que, en consecuencia, había perdido la costumbre de hacer ejercicio.

- ¿Pero qué dijo usted de que su esposa había dejado de quererlo?

-Este sombrero no ha sido cepillado desde hace muchas semanas. Cuando lo vea a usted, mi querido Watson, con el polvo de una semana acumulado en el sombrero, y que su esposa lo deja salir a la calle en ese estado, me temeré que también usted haya tenido la desgracia de perder su cariño.

-Pero puede que sea soltero.

-No, pues llevaba a su casa un ganso como ofrenda propiciatoria para su mujer. Acuérdesse de la tarjeta en la pata del ave.

-Usted tiene respuesta para todo. Pero, ¿como demonios infiere usted que en la casa de este individuo no hay gas?

-Una o dos manchas de sebo pueden atribuirse a casualidad, pero cuando uno no ve menos de cinco, no cabe duda de que el individuo está frecuentemente en contacto con velas de sebo; probablemente, por las noches sube las escaleras de su casa con el sombrero en una mano y la vela, goteando, en la otra. En todo caso, nadie se mancha de sebo con el gas. ¿Queda satisfecho?

-Bien. Sus deducciones son muy ingeniosas -dije, riendo-; pero como usted acaba de decir que no se ha cometido ningún crimen, ni ha habido ningún perjuicio, a no ser la pérdida de un ganso, todo esto me parece inútil pérdida de energías.

Sherlock Holmes estaba a punto de replicarme, cuando la puerta se abrió de par en par, y Peterson, el portero, irrumpió en la habitación, con las mejillas congestionadas y aturdido de asombro.

-¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso señor! -dijo con voz entrecortada.

-¿Eh? ¿Que hay con él? ¿Acaso ha resucitado y salió volando por la ventana?

Holmes se dió vuelta en el sofá para ver mejor la agitada cara del mozo.

-¡Vea esto, señor! ¡Vea lo que mi mujer le ha encontrado en el buche!

Extendió la mano y nos mostró en su palma una fulgurante piedra azul, algo menor que un fréjol, pero de tal pureza y esplendor, que centelleaba como chispa eléctrica en el hueco de la mano.

Sherlock Holmes se incorporó dando un silbido.

-¡Caracoles, Peterson! -dijo-. Te has hallado un tesoro. ¿Supongo que sabes lo que es?

-¿Un diamante, señor? Una piedra preciosa que corta el vidrio como si fuera mantequilla.

-Es más que "una" piedra preciosa: es "la" piedra preciosa.

-¡No será el carbunco azul de la condesa de Morcar! -exclamé.

-Precisamente, el mismo. Yo debiera saber su tamaño y forma, como quiera que en el último tiempo he leído todos los días el anuncio pertinente en "The Times". Es una piedra única en su especie, y su valor sólo puede conjeturarse; pero la recompensa ofrecida, de mil libras esterlinas, no alcanza ni a la vigésima parte de su valor comercial.

-¡Mil libras! ¡Dios misericordioso!

El portero se dejó caer en una silla, mirándonos de hito en hito.

-Esa es la recompensa, y creo saber con fundamento que detrás de todo esto hay consideraciones sentimentales que

inducirían a la condesa a dar la mitad de su fortuna por recobrar la valiosa piedra.

- Si mal no recuerdo, fue perdida en el Hotel Cosmopolita - observé.

-Precisamente, el 22 de diciembre, hace cinco días. Se acusa a un plomero, llamado Juan Horner, de haberlo sustraído del joyero de la condesa. Las pruebas en su contra son tan convincentes, que el caso ha sido remitido a los Tribunales de justicia. Creo que aquí tengo la versión de lo ocurrido.

Buscó entre sus diarios, mirando las fechas, hasta que al fin saco uno, dobló la página y dio lectura a lo siguiente:

Robo de joyas en el Hotel Cosmopolita. -Juan Horner, plomero, de 26 años, ha sido acusado de haber sustraído, el 22 de diciembre, del joyero de la condesa de Morcar la valiosa piedra conocida por el carbunco azul. Santiago Ryder, mozo del hotel, depuso en el sentido de que había introducido a Horner al camarín de la condesa, el día del robo, para que soldara la segunda barra de la parrilla del hogar, que estaba suelta. Había permanecido con Horner por breve tiempo; pero al fin tuvo que acudir a un llamado. Al volver, encontró que Horner había desaparecido, que el escritorio había sido abierto a la fuerza y que la cajuela de tafilete, que, según después se supo, contenía las joyas de la condesa, yacía abierta sobre la mesa de tocador. Ryder dio inmediatamente la alarma, y Horner fue detenido esa misma tarde pero la piedra no pudo ser encontrada ni en su persona ni en sus habitaciones, Catalina Cusack, criada de la condesa, depuso haber oído el grito de espanto de Ryder al descubrir el robo, y haber entrado a la pieza, donde encontró las cosas en el estado descrito por el anterior testigo, El inspector Bradstreet declaró haber arrestado a Horner, quien se defendió frenéticamente, protestando de su inocencia en los más enérgicos términos. Habiéndose hallado constancia de que el preso había sido condenado anteriormente por robo, el comi-

sario se negó a proceder sumariamente contra el delincuente y remitió el proceso a los tribunales. Horner, que había dado señales de intensa emoción durante la audiencia, se desmayó al final de ella y fue retirado de la sala.

-¡Hem! Esto es lo ocurrido en la comisaría -dijo Holmes, meditabundo, dejando el diario a un lado- Lo que a nosotros nos incumbe averiguar ahora es la cadena de sucesos que van desde el joyero saqueado, por un lado, hasta el buche de un ganso, en la calle Tottenham Court, por el otro. Como usted ve, Watson, nuestras deducciones han adquirido de repente mucho mayor importancia y carácter menos inocente. He aquí la piedra; la piedra vino del ganso, y, el ganso vino del señor Enrique Baker, el caballero del sombrero viejo y demás características que le he descrito. De modo, pues, que ahora debemos ponernos seriamente a buscar a este caballero y averiguar la participación que le ha cabido en este pequeño misterio. Para ello ensayaremos primero los medios más simples, que consisten, indudablemente, en publicar avisos en todos los diarios de la tarde. Si esto fracasará, tendremos que echar mano de otros métodos.

-¿Qué piensa usted decir?

-Déme un lápiz y una hoja de papel. Diremos lo siguiente:

Se han encontrado un ganso y un sombrero negro de fieltro. El señor Enrique Baker puede recuperarlos pasando esta tarde, a las 6 P. M., por Baker Street N.º 221 B.

Esto es claro y conciso.

-Bastante. Pero, ¿lo verá él?

-Seguramente estará alerta de lo que publican los diarios, como quiera que, para un hombre pobre, la pérdida es considerable. Es evidente que se asustó tanto con el casual destrozado de la vidriera y, la proximidad de Peterson, que no pensó más que en huir; pero después debe de haberse lamentado amargamente del impulso que lo hizo perder lo que llevaba. La indicación de su nombre en el aviso hará más fácil que

lo vea, pues cualquiera que lo conozca le llamará su atención. Ve tú, Peterson, a la oficina de avisos y haz que publiquen éste en los diarios de la tarde.

-¿En cuáles, señor?

-¡Oh! En El Globo, La Estrella, Pall-Mall, St. James, Evening News Standard, El Eco y cualesquiera otros que se te ocurran.

-Muy bien, señor. ¿Y esta piedra?

-¡Ah, sí! Yo la guardaré. Gracias. Además, Peterson, cuando vengas de regreso, compra un ganso y déjamelo aquí, porque debemos dar uno al caballero, en reemplazo del que tu familia se va a comer.

Cuando el portero se hubo marchado, Holmes cogió la piedra y la puso contra la luz.

-Es preciosa -dijo- Fíjese cómo relumbra y da chispazos. Naturalmente que es un núcleo y un foco de crímenes. Toda buena piedra lo es. Son los cebos favoritos del demonio. En las joyas mayores y más antiguas, cada una de las facetas suele corresponder a un acto sanguinario. Esta piedra no tiene aún veinte años. Fue descubierta en las riberas del río Amoy, en la China meridional, y es notable por tener todas las características de los carbunclos, excepto su color, que es azulado, en vez de rojo, como los rubíes corrientes. No obstante ser tan moderna, esta piedra ya tiene una historia siniestra. Ha habido dos asesinatos, una lanzadura de vitriolo y varios robos, con motivo de este trozo de carbón cristalizado, de doscientos cuarenta centigramos de peso. ¿Quién creyera que una joyita tan hermosa sea una celada que conduce al patíbulo y a la cárcel? Voy a guardarla con llave en mi caja de caudales, y escribir unas líneas a la condesa, para decirle que está en nuestro poder.

-¿Cree usted que ese individuo Horner es inocente?

-No puedo decirlo.

-Entonces, ¿opina usted que este otro individuo, Enrique Baker, ha tenido algo que ver con el robo?

-En mi concepto, lo más probable es que Enrique Baker sea completamente inocente y no haya tenido el menor conocimiento de que el ave que llevaba valía mucho más que si fuera de oro puro. Sin embargo, esto lo comprobaré por un medio muy sencillo, si conseguimos que concurra a nuestro llamado.

-¿Y no puede hacer nada mientras tanto?

-Nada.

-En este caso, seguiré visitando a mis pacientes; pero volveré en la tarde, a la hora indicada por usted, pues me gustaría ver el desenlace de este asunto tan embrollado.

-Me he alegrado mucho de verlo. La comida es a las siete. Creo que hay perdices. Tal vez, en vista de lo que acaba de ocurrir, debiera yo decirle a la señora Hudson que les examine el buche.

Me atrasé con un enfermo, y era poco más de las seis y media cuando de nuevo me hallé en Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto, con gorro escocés y chaqueta abotonada hasta la barba, que esperaba afuera, iluminado de lleno por la luz que salía de la ventanilla de la puerta.

Junto con llegar yo acudieron a abrir y a ambos nos hicieron pasar a la habitación de Holmes.

-El señor Enrique Baker, si no me equivoco -dijo aquél, levantándose de su sillón y saludando a su visitante con aquel aire afable que adoptaba con tanta naturalidad- Sírvase sentarse aquí, junto al fuego, señor Baker. La noche está fría, y veo que usted se adapta más al verano que al invierno. ¡Ah, Watson! Ha llegado usted muy a tiempo. ¿Es éste su sombrero, señor Baker?

-Sí, señor; sin duda; éste es el mío.

Era un hombre grande, de hombros redondeados, cabeza voluminosa, cara ancha e inteligente, que terminaba en una barba puntiaguda, de pelo color pardo grisáceo. El tinte rojizo de su nariz y mejillas y el ligero temblor de su mano al extenderla me hicieron recordar las conjeturas de Holmes respecto de sus hábitos. Su descolorida levita negra estaba abotonada

hasta arriba, con el cuello alzado, y de sus mangas salían unas muñecas largas y flacas, sin señales de puños de camisa. Hablaba despacio y con acento nervioso, seleccionando sus palabras cuidadosamente, y daba la impresión general de hombre de cultura humanística literaria, pero maltratado por la fortuna.

-Hemos guardado estas cosas durante algunos días -dijo Holmes- porque esperábamos ver algún aviso suyo en que se indicara su dirección. Me extraña que no haya puesto avisos en los diarios.

Nuestro visitante sonrió con cierta timidez.

-Mi situación económica no es ahora la de antes -observó -no me cabía duda de que la pandilla de matones que me asaltaron se habrían llevado el sombrero y el ganso; y no quise gastar más dinero en una inútil tentativa de recuperarlos.

-Muy natural. Entre paréntesis, por lo que respecta al ave, nos vimos obligados a comerla.

-¡Comerla!

Nuestro visitante medio se incorporó del asiento, sobresaltado.

-Sí, pues si no lo hubiéramos hecho así, no habría sido de utilidad para nadie. Pero supongo que este otro ganso que está sobre el aparador, más o menos del mismo peso y enteramente fresco, servirá igual que el otro para sus propósitos. ¿No es así?

-¡Oh! Por cierto, por cierto -contestó el señor Baker, con un suspiro de alivio.

-Naturalmente que todavía tenemos las plumas, patas, buche y otros restos de su propia ave; de modo que si usted desea...

El hombre soltó una robusta carcajada.

-Podrían servirme como reliquias de mi aventura; porque, aparte de eso, no veo qué utilidad puedan reportarme las *dísecta membra* de mi antiguo conocido. No, señor. Creo

que, con su licencia, concretaré mi atención a la excelente pieza que veo sobre el aparador.

Sherlock Holmes me dio una mirada inteligente y se encogió levemente de hombros.

-Allí están, entonces, su sombrero y su ganso -dijo-. De paso, ¿le molestaría que le preguntara dónde consiguió el otro? Soy algo aficionado a las aves y pocas veces he visto un ganso más desarrollado.

-Se lo diré con mucho agrado, señor -dijo Baker, ya de pie y con su nueva adquisición bajo el brazo- Varios amigos frecuentamos el Bar Alpha, cerca del museo, que es donde pasamos durante el día. Este año, nuestro buen hospedero, llamado Windigate, instituyó un club cuyos socios, por unos cuantos peniques semanales, tienen derecho a recibir un ganso como regalo de Pascua. Yo pagué todas mis cuotas puntualmente, y lo demás usted mismo lo sabe. Quédole muy agradecido, señor, de las restituciones que me ha hecho, pues el gorro escocés no se aviene con mis años ni con mi seriedad.

Hízonos una grave y pomposa reverencia y se retiró.

-Ya hemos conocido al señor Baker -dijo Holmes, cuando, hubo salido y cerrado la puerta-. Es de toda evidencia que no sabe absolutamente nada del asunto. ¿Tiene usted apetito, Watson?

-No mucho.

-Entonces, insinúo transformar nuestra comida en cena, y ahora, seguir esta pista, aprovechando nuestras buenas disposiciones.

-Encantado.

La noche estaba sumamente fría, así es que nos pusimos nuestros gruesos levitones y chalinas alrededor del cuello. Afuera las estrellas brillaban en el cielo despejado, y el aliento de los transeúntes salía de sus bocas como fognazos de humo. Atravesamos con pasos enérgicos y sonoros el sector en que se concentran las actividades médicas, por las calles Wimpole, Harley y Wingmore, hasta llegar a la de Oxford. Al

cabo de un cuarto de hora estábamos en Blomsbury, en el Bar Alpha, pequeña cantina situada en la esquina de una de las calles que bajan a Holborn. Holmes empujó la puerta del bar y pidió dos vasos de cerveza al cantinero, de cara rubicunda y delantal blanco,

-Su cerveza debe ser excelente, si es tan buena como sus gansos -dijo.

-¡Mis gansos!

El hombre pareció sorprenderse.

-Sí. Acabo de estar conversando, hace media hora, con el señor Enrique Baker, socio del club que usted ha tenido la idea de formar.

-¡Ah, sí; ya recuerdo! Pero los gansos no son nuestros.

-¡Vaya! ¿De quién son entonces?

-Compré dos docenas a un comerciante, en el mercado de Covent Garden.

-¿Sí? Conozco a algunos. ¿Cuál fue?

-Se llama Breckinridge.

-¡Ah! No lo conozco. Bueno. Bebamos a su salud y por la prosperidad de su negocio. Buenas noches.

-Y ahora, a buscar a Breckinridge -prosiguió mi amigo, cerrándose el abrigo al salir al aire escarchado- Recuerde, Watson, que aunque nuestra historia comienza con un simple ganso, puede terminar con la condena de un individuo a siete años de trabajo forzado, a menos que logremos probar su inocencia. Es posible que nuestras pesquisas sólo confirmen su culpabilidad; pero, en todo caso, poseemos una clave que la policía no tiene y que por rara casualidad ha llegado a nuestras manos. Sigámosla sin tregua. ¡De frente hacia el sur, y paso rápido!

Cruzamos la calle Holborn, seguimos por la de Endell y luego por un dédalo de barrios infames, hasta llegar al mercado de Covent Garden. Sobre uno de los puestos mayores vimos el nombre de Breckinridge, y al propietario mismo -de facha de chalán, cara perspicaz y patillas recortadas-, que,

en esos instantes, ayudaba a uno de los mozos a subir las persianas.

-Buenas noches. ¡Caramba con el frío que está haciendo!
-dijo Holmes.

El comerciante hizo un signo afirmativo de cabeza y lanzó una mirada inquisidora a mi compañero.

-Veo que ha vendido todos los gansos -dijo Holmes, señalando las vacías mesas de mármol.

-Mañana por la mañana le tendré quinientos.

-Mañana, no.

-Quedan algunos en aquel puesto donde está el farol de gas.

-Pero me han recomendado los suyos.

-¿Quién?

-El dueño del Bar Alpha.

-¡Ah, sí! Le mandé un par de docenas.

-Preciosas eran las aves. ¿Dónde las consiguió?

Con sorpresa, vi que la pregunta provocaba un arrebato de ira en el comerciante.

-Bueno, pues, señor -dijo, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos en jarras-, ¿qué es lo que quiere? Cante-mos claro de una vez.

-La cuestión es bastante clara. Desearía saber quién le vendió los gansos que usted mandó al Alpha

-Bueno; no se lo diré. ¿Y qué?

-¡Oh! No tiene ninguna importancia; pero no sé por qué usted se acalora tanto por una menudencia como esta.

-¡Acalorarme! Le aseguro que usted se acaloraría más si lo molestaran como a mí. Cuando pago bien y la mercadería es buena, el negocio está terminado y no hay más que hablar. Pero me vienen con: ¿de dónde son los gansos?, ¿a quién le vendió los gansos?, ¿cuánto pagó por los gansos? Al oír tanta alharaca, uno creería que eran los únicos gansos en el mundo.

-Por mi parte, no tengo ninguna relación con otros que hayan estado haciendo averiguaciones -dijo Holmes despreo-

cupadamente. Si usted no quiere decirlo, la apuesta se anula. Eso es todo. Pero siempre me ha gustado confrontar mis opiniones en materia de aves, y he apostado cinco libras que el ganso que comí es del campo.

-Pues, en ese caso, usted ha perdido sus cinco libras, porque es de la ciudad -interrumpió el comerciante.

No es de la ciudad, ni por pienso.

-Le digo que lo es.

-No lo creo.

-¿Cree usted saber más que yo en materia de aves, siendo que he negociado con ellas desde niño? Le repito que todos esos gansos que se mandaron al Alpha fueron criados en la ciudad.

-No me convencerá nunca de eso.

-¿Quiere apostar, entonces?

-Sería sólo quitarle su dinero, pues yo sé que estoy en lo cierto. Sin embargo, voy, a apostarle una librariada más que para enseñarle a no ser testarudo.

El comerciante se rió entre dientes, con aire torvo. Tráeme los libros, Guillermito -dijo.

El muchachito trajo dos libros, uno delgado y otro grande y grasiento y los puso debajo del farol.

-Vamos a ver, don Juan Segura -dijo el comerciante-. Creí que no me quedaba ningún ganso, pero antes que termine de consulta mis libros, verá usted que aun me queda uno en la tienda. ¿Ve este librito?

-¿Y bien?

-Contiene la lista de mis proveedores. Véala. Pues bien en esta pagina están los del campo y los números frente a sus nombres indican las cuentas respectivas en el libro mayor. ¿Ve ahora esta otra página con tinta roja? Es la lista de mis proveedores de la ciudad. Léame ahora en voz alta el nombre de la tercera línea.

-Señora Oakshot, camino Brixton N.º 117-429.

-Busque ahora ese número en el otro libro.

Buscó Holmes la página indicada.

-Aquí esta Señora Oakshot, camino Brixton 117, proveedora de huevos y aves.

-Lea cuál es la última partida.

-Diciembre 22: Veinticuatro gansos a siete chelines, seis peniques.

-Precisamente. Ahí tiene usted. ¿Qué se lee más abajo?

-Vendidos al señor Windigate, del Alpha, a doce chelines.

-¿Qué me dice ahora?

Sherlock Holmes parecía profundamente molesto. Sacó una libra de su bolsillo Y la arrojó sobre la cubierta de mármol, alejándose con aire de indescriptible fastidio. Cuando hubo andado unos cuantos metros, se detuvo al pie de un farol y se rió en la forma entusiasta a la vez que discreta que le era peculiar.

-Cuando vea un individuo con patillas recortadas en esa forma y - pañuelo color rosa en el bolsillo, tenga la certeza de poder atraerlo por medio de una apuesta -dijo-. Me imagino que ni -aun poniéndole cien libras por delante me habría proporcionado informaciones tan completas como las que le saqué haciéndole creer que me ganaba una apuesta. Bien, Watson creo que estamos próximos al final de nuestra pesquisa, Y que lo único que nos queda por resolver es si debernos seguir hasta la casa de la señora Oakshot esta misma noche, o dejar esto para mañana. A juzgar por lo que nos dijo ese taimado no hay duda de que nosotros no somos los únicos que andamos en pos de este asunto y yo...

Sus observaciones fueron interrumpidas por un gran alboroto que estalló en el puesto que acabábamos de dejar. Dándonos vuelta vimos un hombrecillo con cara de ratón, de pie bajo la amarillenta luz del farol mientras Breckinridge, el comerciante, en la puerta de su negocio, agitaba furiosamente sus puños amenazando al infeliz que tenía por delante

- Ya estoy harto de usted y de sus gansos -gritaba- ojalá que el diablo se lleve a todos ustedes juntos. Si vuelve a fastidiarme con sus malditas historias le soltaré los perros. Tráigame a la señora Oakshot y yo le daré respuesta a ella

pero, ¿qué tiene que ver usted con esto? ¿Acaso le compró a usted los gansos?

- No; pero uno de ellos era mío -gimió el hombrecillo.

-Entonces reclámelo a la señora Oakshot.

-Ella me dijo que se lo reclamara a usted.

-Y yo le digo que se lo vaya a reclamar al rey. de Prusia.

Ya estoy hasta el tope con usted. ¡Lárguese de aquí!

Dio una furiosa arremetida y el averiguador se escabulló en medio de la oscuridad.

Esto puede ahorrarnos el viaje a Brixton –cuchicheó Holmes Venga conmigo, y veremos qué podemos hacer con este individuo.

Atravesando por en medio de los aislados grupos de gente estacionada frente a los puestos, mí compañero pronto alcanzó al hombrecillo y lo tocó en el hombro. Diose vuelta de un brinco, y, a la luz del gas, pude ver que se ponía pálido como cera.

-¿Quién es usted? ¿Qué quiere? -Inquirió con voz trémula.

- Perdóneme -dijo Holmes con suavidad-, pero no pude dejar de oír las preguntas que usted hacía al comerciante, hace un momento, y tal vez pueda ayudarlo.

-¿Usted? ¿Quién es? ¿Cómo puede saber de qué se trata?

-Me llamo Sherlock Holmes, y mi oficio consiste en saber lo que otros ignoran.

-¿Pero cómo puede saber nada de esto?

-Perdóneme; lo sé todo. Usted trata de seguir la pista de unos gansos vendidos por la señora Oakshot, de Brixton, a un comerciante llamado Breckinridge, y, a su vez, por éste al señor Windigate, del Alpha, quien, por último, los vendió al club a que pertenece el señor Enrique Baker.

-¡Oh señor! Usted es la persona que tanto he anhelado encontrar -exclamó el pobre hombre, con las manos extendidas y los dedos temblorosos- Usted no se imagina el interés que tengo por este asunto.

Sherlock Holmes hizo señas a un coche que pasaba.

-En tal caso, será mejor que conversemos en una habitación abrigada, que no en este mercado abierto a todos los vientos -dijo- Antes de ir más adelante, sírvase decirme a quién tengo el agrado de ayudar.

El hombre titubeó un instante.

-Me llamo Juan Robinson -replicó, mirando de soslayo.

-No, no; el verdadero nombre -dijo Holmes con suavidad- Siempre es desagradable tratar estos asuntos bajo nombres supuestos.

Las mejillas del desconocido se sonrojaron.

-Bien; mi verdadero nombre es Santiago Ryder

-Exactamente. Mozo del Hotel Cosmopolita. Sírvase subir al coche y pronto podré decirle todo lo que desea saber.

El hombrecillo se quedó mirándonos al uno y al otro alternativamente, con ojos semiasustados y semiesperanzados, como quien no sabe a ciencia cierta si está en vísperas de recibir una bendición o una catástrofe. Por fin, entró al coche, y media hora después estábamos de regreso en las habitaciones de Baker Street. Nada se había dicho durante el trayecto, pero la agitada respiración de nuestro acompañante y su continuo abrir y cerrar de manos revelaban el estado de tensión nerviosa en que se debatía.

-¡Hemos llegado! -dijo Holmes alegremente, mientras entrábamos a la pieza- La chimenea es muy acogedora en este tiempo. Parece que usted tiene frío, señor Ryder. Siéntese en el sillón de mimbre. Voy a ponerme mis zapatillas, antes de comenzar a tratar su asunto. ¡Estamos listos! ¿Usted quiere saber qué pasó con esos gansos?

-Sí, señor.

-O, mejor dicho, con ese ganso. Me imagino que era uno solo el que a usted interesaba; uno blanco con raya negra en la cola.

Ryder se estremeció de emoción.

-¡Oh señor! -exclamó- ¿Puede decirme qué fue de él?

-Vino a dar aquí.

-¿Aquí?

-Sí, y resultó ser un ave de lo más extraordinaria. No me admira que usted se interesará por ella. Después de muerta, puso un huevito azul, el más precioso y esplendoroso que he visto jamás. Aquí lo tengo, entre mis reliquias.

Nuestro visitante, estupefacto, resbaló de su asiento y sujetóse con una mano de la repisa de la chimenea, para no caer del todo. Holmes abrió la caja de caudales y exhibió el carbunclo azul, que brillaba como estrella, y despedía sus fulgores en todas direcciones. Ryder lo miró fijamente, con aire indeciso, sin saber si reclamarlo o desconocerlo.

-La partida ha terminado, Ryder -dijo Holmes, tranquilamente-. ¡Levántese, hombre, o va a caerse al fuego! Déle su brazo, Watson, y ayúdelo a sentarse. No ha tenido valor para cometer impunemente una felonía. Déle un trago de brandy. ¡Eso es! ¡Ahora parece estar más normal! ¡Pobre infeliz!

Durante breve tiempo se había tambaleado y casi caído al suelo, pero el brandy le volvió los colores a la cara, y ahora, sentado, miraba a su acusador con ojos despavoridos.

-Tengo en mis manos casi todos los eslabones y pruebas que podía necesitar; de modo que son pocas las novedades que usted podrá decirme. Sin embargo, convendría aclarar lo poco que queda, para completar la historia. ¿Conoce usted, Ryder, esta piedra azul de la condesa de Morcar?

-Fue Catalina Cusack quien me habló de ella -dijo el interrogado, con voz chillona.

-Ya veo; la criada de la condesa. Bien. La tentación de adquirir súbita fortuna con tanta facilidad pudo más que usted, como les ha ocurrido antes a otros mejores que usted; pero los medios de que se valió no fueron muy escrupulosos. Me parece, Ryder, que hay en usted hechuras de gran bellaco. Sabía usted que Horner, el plomero, había estado anteriormente envuelto en un asunto de esta naturaleza y que las sospechas recaerían fácilmente sobre él. ¿Qué hizo, entonces? Con ayuda de su cómplice, la Cusack, fabricó un desperfecto en la pieza de la señora y se ingenió para que llama-

ran a aquel individuo para que lo reparara. Cuando este se hubo retirado, robó usted el contenido del joyero, dio la alarma e hizo arrestar al pobre hombre. Luego...

De repente, Ryder se arrojó al suelo y se colgó de las rodillas de mi compañero.

-¡Por el amor de Dios, tenga compasión de mí! –gimió- Piense en mis padres, a quienes agobiaría de dolor. Nunca antes hice nada malo, ni lo volveré a hacer jamás. Se lo prometo, y se lo juraré por los Santos Evangelios. No lleve el asunto a la justicia. ¡Por Dios, no lo haga!

- ¡Vuelva a su asiento! -dijo Holmes con severidad- Ahora se humilla y arrastra, pero no tuvo ningún escrúpulo para envolver a Horner en un delito del que no sabía ni media palabra.

-Huiré, señor Holmes; me iré al extranjero, y después lo soltarán

-¡Hem! Hablaremos sobre eso. Por ahora, oigamos una relación verídica de los acontecimientos que siguieron. ¿Cómo fue a dar la piedra en el buche de un ganso y cómo salió éste al mercado? Cuéntenos la verdad, porque en ello estriba su única esperanza de salvación.

Ryder se pasó la lengua por los labios secos.

-Voy a decirle exactamente cómo sucedió aquello, señor. Cuando Horner fue arrestado, me pareció mejor huir con la piedra inmediatamente, pues de un momento a otro a la policía podía ocurrírsele registrar mi persona y mi habitación. En el hotel y sus proximidades no había ningún lugar seguro para esconderla. Hice como que me mandaban con un encargo y me encaminé a casa de mi hermana, que es casa-da con un señor Cakshot y vive en Brixton, donde se dedica a engordar aves para el mercado. En mi trayecto hasta allá, creía ver un policía o un detective en cada persona que encontraba, y, a pesar de que la noche era fría, al llegar a Brixton, la transpiración me corría por la cara. Mi hermana me preguntó qué me pasaba y por qué estaba tan pálido; pero le expliqué que me sentía indispuesto con motivo del robo de

Joyas en el hotel. En seguida, me fui al patio, me fumé una pipa y pensé lo que más convenía hacer.

“Tuve, hace años, un amigo llamado Maudley, que se fue por malos caminos y acaba de salir de la cárcel, después de cumplir una condena. Cierta vez se encontró conmigo y, me habló de las argucias de los ladrones y de cómo se desprenden de las cosas que roban. Yo sabía que me sería fiel, pues era conocedor de dos o tres secretos suyos; así es que resolví ir directamente a Kilburn, donde este individuo vivía, y exponerle mis dificultades. El podría indicarme la manera de convertir la piedra en dinero. Pero se me presentó el problema de cómo llegar hasta él sin despertar sospechas. Me acordé de las angustias por que había pasado para poder salir del hotel. En cualquier momento podían detenerme y registrarme, y me pillarían con la piedra en el bolsillo del chaleco. Mientras pensaba en todo esto, apoyado en una pared, miraba los gansos que chapaleaban alrededor de mis pies, y de repente tuve una idea brillante, con que creí poder burlar al más hábil de los detectives.

“Hacía pocas semanas, mi hermana me había dicho que escogiera el más hermoso, de todos sus gansos, como regalo de Pascua, y yo sabía que nunca dejaba de cumplir sus promesas. Era el momento de escoger mi ganso y llevármelo a Kilburn con la piedra adentro. Había en el patio una casucha, y detrás de ella arrinconé un precioso y enorme ganso blanco, con raya negra en la cola. Lo pillé y, abriéndole el pico, le empujé la piedra por el gáznate, con ayuda de mi dedo, hasta donde más pude. El ave torció el cuello como para tragar y sentí pasar la piedra por el esófago al buche. Pero el animal luchó y pataleó, hasta que mi hermana salió a ver qué sucedía. Mientras me daba vuelta para hablar con ella, mi cautivo se soltó de mis brazos y se escabulló ente los demás.

“-¿Qué es lo que haces con ese ganso, Chago? -me dijo.

“-Me dijiste que me darías uno para Pascua, y veía cuál es el más gordo.

"-Ya tenemos el tuyo escogido y lo llamamos el ganso de Chago -me dijo-. En total, son veintiséis: uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para el mercado.

"-Gracias, Margarita -le repliqué-; pero, si para ti es igual, preferiría que me dieras el que acabo de pillar.

"-El otro pesa tres libras más que éste, y lo hemos engordado especialmente para ti.

"-No importa, prefiero éste, y me lo llevaré ahora mismo -le dije.

"-Corno tú quieras -me replicó, algo molesta- ¿Cuál te vas a llevar?

"-Aquel blanco con una raya negra en la cola, que está en el centro de la bandada.

"-Muy bien. Mátalo y llévatelo.

"-Hice lo que me decían, señor Holmes y cargué con el ganso hasta Kilburn. Conté a mi compinche lo que había hecho, pues es hombre a quien pueden contarse sin reservas cosas de esta especie. Después de reírse hasta no poder más, sacó un cuchillo y vaciamos el buche del ave. Se me cayó el alma a los pies: no había señales de la piedra. Comprendí, entonces, que había sufrido una terrible equivocación. Dejé el ganso, volví a escape a casa de mi hermana y me fui derecho al patio; pero los gansos se habían hecho humo.

"-¿Dónde están todos, Margarita? -grité.

"-Se los llevó el comerciante, Chago.

"-¿Qué comerciante?

"-Breckinridge, de Covent Garden.

"-¿Había acaso otro ganso con la cola listada, igual al que yo escogí?

"-Sí, Chago. Había dos iguales, que yo nunca pude distinguir.

"Entonces, naturalmente, caí en la cuenta de todo, y corrí como un demonio al negocio de Breckinridge; pero éste los había vendido en llegando, y no pude sacarle palabra acerca del comprador. Ustedes mismos lo oyeron esta noche. Siempre me ha contestado en igual forma. Mi hermana cree que

me estoy volviendo loco, y a veces yo pienso lo mismo. Ahora aquí me tiene usted, marcado como ladrón, sin haber ni tocado la fortuna por la cual sacrificué mi honor. ¡Misericordia, Dios mío!

Estalló en convulsivos sollozos, y ocultó la cara entre sus manos.

Siguió un prolongado silencio, interrumpido sólo por su pesada respiración y el isócrono golpetear de los dedos de Holmes en el borde de la mesa. Finalmente, mi amigo se levantó, abrió la puerta y dijo:

-¡Salga!

-¡Oh señor! ¡Dios lo bendiga!

-Ni una palabra más. ¡Salga!

No había más que decir. Oyóse una carrera escaleras abajo, un golpazo en la puerta y ruidos de pisadas que se alejaban a todo correr por la calle.

-Después de todo -dijo Holmes, alcanzando su pipa-, yo no tengo la obligación de suplir las deficiencias de la policía. Si Horner corriera peligro, la cosa sería distinta; pero este otro individuo no se va a presentar en su contra, y el proceso tiene que sobreeserse. Tal vez deje un delito sin castigo, pero es posible que, con ello, evite la perdición de un alma. Este individuo no reincidirá; ha quedado curado de espanto. Mandarlo a la cárcel, ahora, sería hacerlo malhechor para toda su vida. Además, estamos en la época propicia para el perdón. La casualidad ha puesto en nuestro sendero un problema por de más extraño y caprichoso, y su solución nos ha traído su propia recompensa. Si usted tiene la amabilidad de tocar la campanilla, doctor, daremos comienzo a otra investigación, en que también habrá aves como figuras centrales.

LA BANDA MOTEADA

Al revisar mis anotaciones sobre los setenta y tantos casos en que, durante los últimos ocho años, he podido estudiar los procedimientos de mi amigo Sherlock Holmes, encuentro muchos trágicos, algunos cómicos, y otros meramente raros, pero ninguno vulgar; pues, como quiera que él trabajaba más por amor al arte que por afán de lucro, no tomaba a su cargo ninguna investigación que no presentara caracteres extraños o fantásticos. Pero entre todos estos casos heterogéneos, no recuerdo ninguno tan singular como el relacionado con la conocida familia Surrey Roylott, de Stoke Moran. Los sucesos en cuestión ocurrieron durante los primeros tiempos de mi amistad con Holmes, cuando juntos teníamos nuestras habitaciones de solteros en Baker Street. Habría podido relatarlos antes, a no haber mediado en ese tiempo una promesa de guardar el secreto, promesa de la cual sólo el mes pasado me he visto relevado, con motivo de la muerte de la dama a quien había sido hecha. Tal vez sea conveniente que los hechos salgan ya a luz, porque han llegado a mis oídos ciertos rumores muy, insistentes referentes a la muerte del Dr. Grimesby Roylott que tienden a hacer la cuestión más terrible aún que lo que fue en realidad.

En los primeros días de abril de 1883, al despertar en la mañana, vi a Holmes, completamente vestido, de pie junto a mi cama. Por regla general, se levantaba tarde, y como el

reloj sobre la chimenea indicaba sólo las siete y cuarto, miré-le con sorpresa, y aun con cierto reproche, pues yo me preciaba de puntual en mis hábitos.

-Siento mucho despertarlo, Watson -me dijo-; pero a todos nos ha ocurrido lo mismo esta mañana. Despertaron a la señora Hudson, ella me despertó a mí, y yo a usted.

-Pues, ¿qué pasa? ¿Un incendio?

-No; un cliente. Parece que ha llegado una joven, en estado de gran agitación, que insiste en verme de inmediato. Está esperando en el salón. Y cuando una dama atraviesa las calles de la metrópoli a estas horas de la mañana y saca a las gentes de sus lechos en mitad del sueño, me imagino que tendrá algo muy urgente que comunicar. Si el caso resultara interesante, a bien seguro que usted querría seguir-le la pista desde el comienzo. Por esto, pensé que, en todo caso, debía avisarle, por si quería aprovechar la oportunidad.

-Amigo mío; no perdería esta oportunidad por nada en el mundo.

No había para mí mayor placer que seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales y admirar las ágiles deducciones, rápidas como intuiciones, pero siempre fundadas en la lógica, con que desenmarañaba los problemas sometidos a su talento. Me vestí apresuradamente y en pocos minutos estuve listo para bajar al salón, en compañía de mi amigo. Una señora vestida de negro y cubierta de espeso velo, que había estado sentada cerca de la ventana, se levantó cuando entramos.

-Buenos días, señora -dijo Holmes, alegremente- Me llamo Sherlock Holmes. Este es mi íntimo amigo y socio, el Dr. Watson, en cuya presencia puede usted hablar con tanta libertad como delante de mí. ¡Ah! Me alegro de que la señora Hudson haya tenido la buena ocurrencia de encender la lumbre. Tenga usted la bondad de acercarse a la chimenea, y haré que le sirvan una taza de café caliente, pues veo que tiritita.

-No es el frío el que me hace tiritar -murmuró la señora, cambiando de asiento como se le había rogado.

-¿Qué es, entonces?

-El miedo, señor Holmes. El terror.

Al decir esto, se levantó el velo y pudimos ver que, en verdad, se hallaba en un lamentable estado de agitación, con la cara pálida y demacrada, los ojos inquietos y asustados, como de fiera acosada. Por su figura y facciones, parecía ser una mujer de treinta años, pero de cabellos prematuramente encanecidos y expresión cansada y triste. Sherlock Holmes le dirigió una de sus rápidas miradas, que abarcaban hasta los menores detalles.

-No tenga miedo -díjole con dulzura, inclinándose y tocándole el brazo-. Pronto arreglaremos todo. Se lo aseguro. Veo que ha venido en el tren de la mañana.

-¿Me conoce usted, entonces?

-No; pero veo un boleto de regreso metido en su guante izquierdo. Usted debe de haber salido temprano y hecho una larga jornada en *dogcart*, por malos caminos, antes de llegar a la estación.

La señora se sobresaltó y miró abismada a mi compañero.

-No hay ningún misterio, mi estimada señora -dijo sonriendo- La manga izquierda de su chaqueta tiene no menos de siete salpicaduras de barro, recién hechas. No hay ningún vehículo, salvo el *dogcart*, que salpique en esa forma, y aun ése, sólo cuando uno se sienta a la izquierda del cochero.

-Sea cual fuere su procedimiento, tiene usted toda la razón. Partí de casa antes de las seis; llegué a Leatherhead veinte minutos más tarde y tomé el primer tren a Waterloo. Señor: no puedo soportar esta tensión por más tiempo, y si continúo así, me volveré loca. No tengo a nadie a quien recurrir, excepto sólo una persona que me quiere, pero que, por desgracia, puede proporcionarme muy poca ayuda. He sabido de usted, señor Holmes, por la señora Farintosh, a quien usted socorrió en sus angustiosas necesidades. Ella fue quien me dio su dirección. ¿No cree usted, señor, que tam-

bién a mí podrá ayudarme, o por lo menos, hacer un poco de luz en medio de las densas tinieblas que me rodean? Por el momento, no me será posible recompensar sus servicios, pero de aquí a un mes o dos, me habré casado y administraré mis propios bienes, y entonces podré demostrar-les que no soy desagradecida.

Holmes se dio vuelta hacia su escritorio, lo abrió, sacó una libreta de apuntes y se puso a consultarla.

-Farintosh. ¡Ah, sí! Ahora recuerdo el caso: se refería a una diadema de ópalos. Aún no nos conocíamos, Watson. Sólo puedo decirle, señora, que con el mayor gusto dedicaré a su caso la misma diligencia que al de su amiga. Tocante a recompensa, mi profesión es en sí misma una recompensa para mí; pero, si lo desea, puede reembolsarme los gastos que tenga que hacer, en la época que a usted más le convenga. Y ahora, le ruego exponernos todo lo que pueda servirnos para formarnos concepto del asunto.

- ¡Ay! -replicó nuestra visitante- Lo verdaderamente terrible de mi caso es que mis temores son tan vagos y mis sospechas se fundan en cosas tan insignificantes, triviales si se quiere, que hasta personas como ni novio, de quien tengo derecho a esperar ayuda y consejo, considera lo que le cuento como fantasías de mujer nerviosa. Esto no lo dice, pero lo advierto en sus contestaciones consoladoras y en sus miradas esquivas. Pero he sabido señor Holmes que usted puede penetrar hasta los más profundos resquicios del alma humana y, descubrir sus muchas maldades. Aconséjeme, pues, cómo debo conducirme en medio de los peligros que me rodean.

-La escucho atentamente, señora,

-Me llamo Elena Stoner, y vivo con mi padrastro, que es el último vástago de una de las más antiguas familias sajonas de Inglaterra, los Royslotts de Stoke Moran, en la frontera occidental de Surrey.

Holmes movió afirmativamente la cabeza y dijo:

-Conozco ese nombre.

- Hubo una época en que esta familia se contaba entre las más acaudaladas de Inglaterra, y sus propiedades se extendían hasta Berkshire, por el norte, y, Hampshire, por el oeste. Pero en el siglo pasado, la sucesión recayó sucesivamente en cuatro herederos licenciosos disipadores, hasta que, por fin, otro heredero jugador consumió la ruina de la familia, allá por los años de la Regencia. No quedó nada, excepto unas cuantas hectáreas de tierra y el caserón construido hace doscientos años, que quedó gravado con pesadas hipotecas. El último dueño vivió allí toda su vida, arrastrando la penosa existencia del noble arruinado; pero su hijo único, mi padrastro, comprendiendo que debía adaptarse a las nuevas condiciones, consiguió de un pariente un préstamo que le permitió graduarse de médico y embarcarse a Calcuta, donde, gracias a su habilidad profesional Y fuerza de carácter, reunió gran clientela. Desgraciadamente, en un arranque de ira, motivado por algunos robos cometidos en su casa, dio muerte a golpes a su criado indio, se estuvo a punto de ser condenado a la pena capital. De todos modos tuvo que cumplir una larga condena, después de lo cual volvió a Inglaterra, desilusionado v lleno de amargura.

“Mientras el doctor Royslott estaba en la India se casó con mi madre, la señora Stoner, joven viuda del Mariscal de Campo Stoner, de la Artillería Bengalesa. Mi hermana Julia y yo somos gemelas, y al tiempo de contraer mi madre segundas nupcias, teníamos sólo dos años de edad. Ella era dueña de una gran fortuna -no menos de 1.000 libras esterlinas anuales-, la que legó íntegramente al Dr. Royslott, mientras nosotros viviéramos con él, con la cláusula de que a cada una se nos dicta anualmente cierta suma, en caso de que no nos casáramos. Poco después e regresar a ocho años, mi madre murió en un accidente ferroviario cerca de Crewe El Dr. Royslott abandonó, entonces, toda tentativa de establecer consultorio en Londres y, nos llevó a vivir a su lado en la vieja casa solariega de Stoke Moran. La fortuna que nuestra madre nos había dejado era suficiente para satisfacer todas nuestras

necesidades, y, al parecer, nada se oponía a nuestra felicidad.

“Pero por aquel tiempo mi padre experimentó un cambio terrible. En lugar de cultivar amistades y visitar a nuestros vecinos, quienes, en un principio, se habían alegrado de ver nuevamente a un Roylott de Stoke Moran en la mansión de sus antepasados, se encerró en su casa, sin salir casi nunca, salvo para trabarse en feroces altercados con quienquiera que se cruzara por su camino. La violencia de carácter, rayana en la locura, ha sido entre los varones de la familia un mal que, en el caso de mi padrastró, creo se ha intensificado a causa de su prolongada residencia en el trópico. Hubo una serie de vergonzosas pependencias, dos de las cuales terminaron en la comisaría hasta que, al fin, mi padrastró llegó a ser el terror de la aldea y la gente le huía al aproximarse, pues es hombre de fuerzas colosales y una verdadera fiera cuando se enoja

“En la semana pasada arrojó al herrero del pueblo por encima de un parapeto al estero, y solo merced al pago de todas las sumas de que pude echar mano, logré evitar un nuevo escándalo. No tiene amigos de ninguna especie, a excepción de los errantes gitanos, a quienes autoriza para que acampen en las cuantas hectáreas de zarza que componen el patrimonio hereditario a cambio de lo cual acepta la hospitalidad que ellos le ofrecen en sus tiendas. y aun suele vagar en su compañía por semanas enteras. También es muy aficionado a los animales de la India, que le son enviados por un corresponsal suyo, y en la actualidad tiene una pantera y, un mandril, que andan sueltos por sus potreros y que los aldeanos temen tanto como a su dueño.

“Con todo lo que le he dicho, usted comprenderá que, para mí y, mi pobre hermana Julia, la vida no era muy agradable. Ningún sirviente quería quedarse en nuestra casa. y por largo tiempo tuvimos que hacer nosotras las labores domésticas. Cuando ella murió, tenía sólo treinta años, pero sus

cabellos ya habían comenzado a blanquearse, tal como ha ocurrido con los míos.

-¿De modo que su hermana no vive?

-Murió hace dos años, y es de su muerte precisamente de lo que quiero hablarle. Usted podrá darse cuenta de que, llevando esa vida, era poco probable que viéramos a nadie de nuestra edad y categoría social. Teníamos, sin embargo, una tía soltera, hermana de mi madre, llamada Honoría Westhail que vive cerca de Harrow, y, de vez en cuando, se nos permitía hacer cortas visitas a la casa de esta señora. Hace dos años, Julia fue allá para Pascua y conoció a un comandante de la marina, con quien se comprometió. A su regreso, mi hermana comunicó su compromiso a nuestro padrastro, quien no opuso ninguna objeción al matrimonio; pero, cuando faltaban quince días para que éste se celebrara, ocurrió la terrible desgracia que me ha privado de mi única compañera.

Sherlock Holmes había estado echado hacia atrás en su sillón, con los ojos cerrados y la cabeza hundida en un cojín; pero al llegar a esta parte del relato, entreabrió sus párpados y lanzó una mirada a su visitante.

-Le ruego ser exacta en los detalles -dijo.

-Me será fácil satisfacerlo, pues todos los sucesos de esa espantosa época están grabados en mi memoria. Como ya le he manifestado, la casa solariega es muy antigua, y en la actualidad sólo un ala del edificio está habitada. En la planta baja de ella están los dormitorios y los salones, estos últimos situados al centro de la construcción. De los dormitorios, el primero es el del Dr. Roylott, el segundo el de mi hermana, y el tercero el mío. No hay comunicación entre ellos, pero todos dan a un mismo corredor. ¿Me explico bien?

-Perfectamente.

-Las ventanas de las tres piezas miran al campo. Esa noche fatal, el Dr. Roylott se retiró a su pieza temprano, si bien nosotras sabíamos que aún no dormía, pues mi hermana había sentido el fuerte olor de los cigarrillos indios que

acostumbraba fumar y que a ella le desagradaban mucho. Saltó, pues, de su dormitorio y se vino al mío, donde se sentó a charlar algún tiempo sobre su próximo matrimonio. A las once se incorporó para retirarse, pero en la puerta se detuvo y miró hacia atrás.

“-Dime, Elena -dijo-, ¿has oído a alguien silbar en el profundo silencio de la noche?

“-Nunca -le respondí.

“-¡Supongo que no serás tú misma la que silbas en sueños!

“-Naturalmente que no. Pero, ¿por qué preguntas eso?

“-Porque todas estas últimas noches, cerca de las tres de la mañana, he oído con toda claridad un leve silbido. Como soy de sueño liviano, me he despertado. No sabría decir de dónde venía; podría ser de la pieza de] lado como del campo. Por eso, te preguntaba si también tú lo habrías oído.

“-No. Deben de ser esos malditos gitanos en los potreros.

“-Es muy probable. Sin embargo, si así fuera, me extraña que tú también no lo hayas oído.

“-¡Ah! Mi sueño es más pesado que el tuyo.

“-Bien. En todo caso, no es nada de mucha importancia.

“-Se despidió de mí con una sonrisa, cerró mi puerta y, dentro de poco, oí que cerraba con llave la suya,

-¿Tenían ustedes costumbre de encerrarse con llave por la noche?

-Siempre.

-¿Por qué?

-Creo haberle mencionado que el doctor tiene una pantera y un mandril, y no nos sentíamos seguras si no poníamos llave a nuestras puertas.

-Está bien. Continúe su relato.

-Aquella noche no pude dormir. Me oprimía el vago presentimiento de una próxima desgracia. Como usted recordará, mi hermana y yo éramos gemelas, y usted sabe cuán sutiles son los vínculos que unen a dos almas tan íntimamente asociadas. La noche estaba borrascosa. Afuera, el viento aullaba y la lluvia azotaba y chapoteaba contra las

ventanas. De repente, en medio M estruendo de la tempestad, se oyó el grito ensordecedor de una mujer aterrorizada. Reconocí la voz de mi hermana. Salté de mi cama, me arrebocé en un chal y salí al corredor. Al abrir mi puerta, pareciome oír un leve silbido, como el descrito por mi hermana, y momentos más tarde, un sonido metálico, como el de una plancha de fierro al caer. Mientras corría por el corredor, se abrió la puerta de la habitación de mi hermana, girando lentamente sobre sus goznes. Me detuve a mirar, muda de espanto, sin saber qué iba a salir de adentro. A la luz de la lámpara del corredor, vi aparecer a mi hermana, pálida de pavor, agitando sus manos, como en busca de apoyo, y balanceándose como borracha. Corrí a su encuentro y la estreché entre mis brazos; pero en ese instante, sus rodillas flaquearon y cayó al suelo. Se retorció como víctima de atroces dolores, con sus miembros en estado de total crispación. Al principio, pensé que no me había reconocido; pero al inclinarme sobre ella, gritó súbitamente, con voz que no olvidaré jamás: -¡Oh Dios mío! ¡Elena! ¡Era la banda! ¡La banda moteada!- Quiso decir algo más, pues apuntó con su dedo en dirección a la pieza del doctor; pero le sobrevino una nueva convulsión que le ahogó las palabras. Corrí como loca, llamando a gritos a mi padrastro, a quien encontré saliendo apresuradamente de su dormitorio, con la bata puesta. Al llegar junto a mi hermana, ésta se hallaba inconsciente, y por más que la hizo beber unos sorbos de brandy y mandó a la aldea en busca de auxilios médicos, todo fue inútil, pues se consumió paulatinamente y murió sin haber recobrado el conocimiento. Tal fue la atroz muerte de mi adorada hermana.

-Veamos -dijo Holmes- ¿Está usted segura de haber oído ese silbido y ese sonido metálico? ¿Podría afirmarlo bajo juramento?

-Eso fue lo que el fiscal me preguntó, durante la información judicial. Tengo la firme creencia de haberlo oído; pero, con todo, el estruendo de la tempestad y los crujidos del caerón eran tales, que bien puede que me haya engañado.

- ¿Estaba vestida su hermana?

-No; estaba en camisa de dormir. En su mano derecha se encontró un fósforo quemado, y en su izquierda, una caja de fósforos.

-Eso indica que había encendido luz y buscado a su alrededor, cuando sufrió la conmoción. Ese detalle es importante. ¿A qué conclusiones llegó el fiscal?

-Investigó el caso con gran cuidado, por cuanto la conducta del Dr. Royslott había llamado la atención desde largo tiempo en la localidad; pero no pudo encontrar ninguna explicación satisfactoria sobre la causa de la muerte. Mis declaraciones evidenciaban que la puerta había sido cerrada con llave por dentro, y las ventanas tienen persianas al estilo antiguo, con gruesas barras de hierro, que se ponen todas las noches. Las paredes fueron prolijamente tanteadas y se comprobó su absoluta solidez; el piso también fue sometido a minucioso examen, con resultados negativos. La chimenea es ancha, pero se cierra con cuatro grandes cerrojos. Es un hecho, por consiguiente, que mi hermana estaba completamente sola en su pieza. Además, no presentaba señal alguna de violencia.

-¿Qué me dice de veneno?

-Los médicos la examinaron, pero sin descubrir nada en ese sentido.

- ¿De qué cree usted, entonces, que murió su desgraciada hermana?

-Mi creencia es que murió de puro miedo y de conmoción nerviosa, si bien no puedo imaginarme qué fue lo que la asustó.

-¿Estaban los gitanos en la propiedad por aquella época?

-Sí; casi siempre hay algunos.

-Bien. ¿Y qué deduce usted de esta alusión a una banda, a una banda moteada?

-A veces pienso que fueron meras incoherencias, productos del delirio; otras veces, alusiones a alguna banda de gen-

te, tal vez de estos mismos gitanos acampados en la propiedad. No sé si los pañuelos moteados que tantos de ellos usan en la cabeza pueden haber sugerido ese curioso adjetivo empleado por ella.

Holmes sacudió la cabeza, con claras señales de no estar satisfecho.

-Estas son aguas muy profundas -dijo-; continúe usted su relato.

-Desde entonces, han transcurrido dos años, y hasta hace poco mi vida ha sido más solitaria que nunca. Pero hace un mes, un querido amigo mío, conocido de muchos años, me ha hecho el honor de proponerme matrimonio. Llámase Armitage, Percy Armitage, segundo hijo del señor Armitage, de Crane Water, cerca de Reading. Mi padrastro no ha opuesto ninguna resistencia al enlace, y vamos a casarnos durante la primavera. Hace dos días comenzaron a hacer ciertas reparaciones en el ala occidental del edificio y han tenido que perforar la pared de mi dormitorio, por lo que he tenido que trasladarme a la misma pieza y ocupar la misma cama en que mi hermana murió.

-Imagínese, pues, mi terror cuando anoche -mientras, desvelada, pensaba en su trágica suerte- oí, de repente, en el silencio de la noche, el suave silbido que había sido el presagio de su propia muerte. Salté del lecho y encendí la lámpara, pero en la pieza no se veía nada. Estaba demasiado agitada para volver a acostarme, de modo que me vestí y, tan pronto como aclaró, me escabullí de la casa, tomé un *dogcart* en la posada de La Corona, que está al frente, llegué a Leatherhead y de allí he venido directamente hasta usted, resuelta a verlo y pedirle consejo.

-Ha hecho bien -dijo Holmes ¿Es eso todo lo que tiene que decirme?

-Sí; todo.

-Señorita Roylott: eso no es todo. Usted está escudando a su padrastro.

-¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere usted decir?

Por toda respuesta, Holmes empujó hacia atrás la franja de cintas negras de la manga que nuestra visitante tenía sobre sus rodillas, y dejó ver, sobre la blancura de la muñeca, cinco manchas amoratadas, señales de otros tantos dedos.

-La han maltratado cruelmente -dijo Holmes.

La dama se sonrojó intensamente y ocultó la muñeca lastimada.

-Es hombre muy duro -dijo-, y tal vez no conoce sus propias fuerzas.

Hubo un largo silencio, durante el cual Holmes apoyó la barba sobre sus manos y se quedó mirando fijamente el fuego que chisporroteaba.

-El problema es hartó difícil -dijo por fin- Hay mil detalles que desearía saber, antes de determinar nuestro plan de campaña. Pero no tenemos un instante que perder. Si fuéramos a Stoke Moran hoy mismo, ¿nos sería posible ver las piezas en cuestión, sin que su padrastro se enterara?

-El habló de venir hoy a la ciudad por cierto negocio de gran importancia. Es probable que esté ausente todo el día; de modo que no habrá ningún estorbo para sus pesquisas. Tenemos ahora un ama de llaves, pero es vieja y medio boba, así es que nada me costará conseguir que no nos moleste.

-Excelente. ¿No se opone usted a este viaje, Watson?

-De ninguna manera.

-Entonces, iremos los dos. ¿Y usted qué va a hacer?

-Aprovechando mi venida a la ciudad, desearía hacer algunas compras y otras diligencias; pero volveré por el tren de doce, a fin de llegar a tiempo para recibirlos a ustedes.

-Estaremos por allá en las primeras horas de la tarde, pues tengo que hacer algunas gestiones. ¿No querría esperar unos minutos y servirse desayuno?

-Muchas gracias. Tengo que irme. Siento el corazón más aliviado desde que le he contado mis culpas. Estaré muy contenta de verlo nuevamente esta tarde.

Dejó caer el velo negro sobre su rostro y salió de la habitación.

-¿Qué le parece todo esto, Watson? -me preguntó Sherlock Holmes, echándose para atrás en su sillón.

-Me parece asunto muy oscuro y siniestro.

-Harto oscuro y siniestro.

-Sin embargo, si, como dice la señora, es efectivo que el piso y las paredes no tienen fallas y que puerta, ventana y chimenea son infranqueables, es indudable que su hermana estaba sola cuando encontró su misteriosa muerte.

-¿En qué quedarían, entonces, los silbidos nocturnos y las extrañas palabras que dijo al morir?

-No sé qué pensar.

-Sí relacionamos entre sí los silbidos nocturnos; la presencia de una banda de gitanos que tenían íntima amistad con el doctor; las fuertes presunciones de que éste tuviera interés en impedir el matrimonio de su hijastra; la alusión de la moribunda a una banda; y, finalmente, el ruido metálico oído por la señorita Elena Stoner y posiblemente producido por la caída de una de las barras de hierro de las persianas, creo que hay fundamentos para esperar que podremos aclarar el misterio siguiendo estos hilos.

-Pero, ¿qué hicieron los gitanos?

-No puedo imaginármelo.

-Creo que esa teoría merece muchos reparos.

-Soy de la misma opinión, y, precisamente por eso, iremos hoy a Stoke Moran. Deseo comprobar si los reparos son insalvables o admiten explicación. Pero, ¡qué demonios!

La exclamación de mi compañero provenía de la brusca apertura de la puerta y la aparición de un hombronazo que se detuvo en el umbral. Su traje era una curiosa mezcla de profesional y de agricultor: sombrero de copa negro, levita larga, polainas altas y látigo en mano. Tan colosal era su estatura, que el sombrero topó en el travesaño de la puerta, la que parecía abarcar totalmente con su corpulencia. Su cara ancha, surcada de infinitas arrugas, tostada por el sol, y reflejo

de todas las malas pasiones, se volvía alternativamente hacia mi compañero y hacia mí, con ojos hundidos e inyectados, y una nariz prominente y huesuda que le daban la apariencia feroz de un ave de rapiña.

-¿Quién es Holmes? -preguntó este extraño personaje

-Yo, caballero; pero desearía saber con quién tengo el honor de tratar -dijo tranquilamente mi compañero.

-Soy el Dr. Grimesby Roylott, de Stoke Moran.

-Muy bien, doctor -dijo Holmes suavemente Tenga la bondad de sentarse.

-No lo necesito. Mi hijastra ha estado aquí. La he seguido.

¿Qué le ha dicho?

-La estación se presenta fría -dijo Holmes.

-¿Qué le ha dicho? -gritó el viejo, furioso.

-Pero he oído que la cosecha de azafrán promete ser buena este año -continuo mi compañero impertérrito

-¡Ah! ¿Rehuye contestarme? -dijo el recién llegado, adelantando un paso y agitando el látigo- ¡Te conozco, bribón! ¡Ya he oído hablar de ti! Eres Holmes, el intruso.

Mi amigo sonrió.

-¡Holmes, el chismoso!

Mi amigo aumentó su sonrisa.

-¡Holmes, el mandadero de Scotland Yard!

Holmes se rió de buena gana.

-Su conversación es muy interesante -dijo-. Cuando se retire, cierre la puerta, porque entra una fuerte corriente de aire.

-Me iré cuando le haya dicho lo que tengo que decirle. ¡Mucho cuidado con meterse en mis asuntos! Sé que la señora Stoner ha estado aquí. ¡La he seguido! ¡Soy un enemigo peligroso! Vea esto.

Dando rápidos pasos, cogió las tenazas de la chimenea y las dobló con la sola fuerza de sus manos morenas.

-Cúidese de caer en mis manos -gruñó, y, arrojando las torcidas tenazas dentro de la chimenea, salió a grandes trancos de la pieza.

-Parece ser persona muy amable -dijo Holmes riendo-. Yo no soy tan corpulento, pero si se hubiera quedado más tiempo, le habría demostrado que mis puños son tan fuertes como los suyos.

Mientras hablaba, recogió las tenazas de acero, y con un brusco esfuerzo las enderezó de nuevo.

-¡Qué insolencia la de este señor! ¡Confundirme con la policía oficial! Este incidente, a pesar de todo, da sabor a nuestra pesquisa; y sólo es de esperar que nuestra amiguita no tenga que sufrir por su imprudencia de dejarse espiar por este bruto. Ahora, Watson, pediremos nuestro desayuno, y en seguida iré a la Sociedad Médica, donde espero conseguir algunos datos que nos servirán de ayuda.

Era casi la una cuando Sherlock Holmes volvió a casa. En la mano traía un papel azul lleno de notas y cifras.

-He visto el testamento de la difunta esposa del doctor -dijo- Para determinar su verdadero alcance, he tenido que calcular el valor actual de las inversiones a que se refiere. La renta total, que al tiempo de la muerte de la testadora ascendía a poco menos de 1.100 libras esterlinas, está ahora reducida a no más de 750 libras esterlinas, a causa de la baja de los precios en la agricultura. Cada hija tiene derecho a una renta de 250 libras esterlinas en caso de matrimonio. En consecuencia, si ambas se hubieran casado, este simpático señor habría quedado con una miserable ración; y aun el matrimonio de una sola podría afectarlo seriamente. Mi trabajo de esta mañana no ha sido infructuoso, pues me ha hecho ver que este señor tiene poderosísimas razones para tratar de impedir cualquiera tentativa en ese sentido. El asunto, Watson, es demasiado serio para que perdamos el tiempo, sobre todo desde que el viejo sabe que nos interesamos en sus manejos; de modo que si usted está pronto, llamaremos

un coche para ir a la estación de Waterloo. Le agradecería mucho que llevara su revólver. Un Ely N° 2 es un excelente argumento contra estos caballeros que pueden doblar en dos unas tenazas de acero. Con eso y nuestros cepillos de dientes, creo que no necesitaremos nada más.

En Waterloo tuvimos la suerte de alcanzar el tren para Leatherhead, estación en la cual alquilamos un coche que nos condujo por espacio de cuatro o cinco millas a través de los encantadores caminos de Surrey. El día estaba precioso. El sol brillaba alegremente y en el cielo veíanse sólo unas cuantas nubes blancas y espumosas. Las arboledas y setos a los lados del camino comenzaban a echar sus primeros brotes, y el aire estaba embalsamado con el grato olor a tierra mojada. Por lo menos, para mí resultaba extraño el contraste que ofrecía este dulce despertar de la primavera con la sombría pesquisa que teníamos entre manos. Mi compañero, sentado en la delantera del carruaje, con los brazos cruzados, el sombrero sobre los ojos y la barba apoyada en el pecho, parecía absorto en profundas reflexiones. De pronto, sin embargo, tuvo un sobresalto, me tocó en el hombro y señalando hacia las praderas, me dijo:

-Mire hacia allá.

Veíanse las espesas arboledas de un parque que ascendía en suave pendiente, hasta convertirse en un verdadero bosque en la parte más alta, Por entre el ramaje se alzaban los grises muros y empinadas techumbres de una viejísima casa solariega.

-¿Stoke Moran? -preguntó.

-Sí, señor. Es la casa del Dr. Grimesby Roylott -contestó el cochero.

-Están haciéndole algunas reparaciones -dijo Holmes- Allí es donde vamos nosotros.

-Allí está la aldea -dijo el cochero, señalando una agrupación de techumbres a cierta distancia, hacia la izquierda; pero si ustedes desean ir a la casa, les será más corto atra-

vesar esta cerca seguir el sendero a través de los potreros. Por allí, por donde va caminando esa señora.

-Creo que la dama es la señorita Stoner -dijo Holmes, dando sombra a su vista- Lo mejor será que sigamos su consejo.

Nos bajamos, pagamos al cochero y el carruaje dio la vuelta a Leatherhead.

-Me pareció conveniente -dijo Holmes, mientras trepábamos la cerca- hacer creer a ese muchacho que habíamos venido en calidad de arquitectos o con algún objeto determinado. Así no hará comentarios. Buenas tardes, señorita Stoner. Ya ve usted que hemos cumplido nuestra palabra.

Nuestra cliente de la mañana se había apresurado para salirnos muro del extremo, al encuentro, con una cara que reflejaba su alegría interior.

-He estado esperándolos con tanta impaciencia -exclamó, estrechándonos calurosamente la mano Todo ha salido admirablemente. El doctor Roylott se fue a la ciudad y es lo más probable que no regrese hasta la noche.

-Hemos tenido el agrado de conocer al doctor -dijo Holmes, y en pocas palabras le contó lo ocurrido. La señorita Stoner se demudó al escucharlo.

-¡Dios mío! -exclamó- ¿De modo que me ha seguido? Así parece.

-Es tan astuto, que nunca puedo estar segura de él. ¿Qué dirá cuando vuelva?

-Tendrá que estar prevenido, porque puede encontrarse con que otro más astuto que él le siga los pasos. En cuanto a usted, esta noche debe encerrarse con llave. Si él quiere violentarla, nosotros la llevaremos a casa de su tía, en Harrow. Ahora no tenemos tiempo que perder, así es que tenga la amabilidad de llevarnos inmediatamente a las habitaciones que vamos a examinar.

El edificio era de piedra gris, cubierta de líquen, con un pabellón central y dos alas laterales que hacían ligera curva, como garras de jaiba. En una de estas alas las ventanas

estaban quebradas y tapiadas con tablas, y el techo medio hundido, dando la impresión de ruina completa. El pabellón central estaba en mejor estado de conservación, pero el ala derecha era relativamente moderna, y las persianas de las ventanas y el humo azulado que salía de las chimeneas indicaban que allí residía la familia. Había algunos andamios arrimados contra el muro del extremo y la piedra del mismo estaba agujereada, pero en ese momento no se veía ningún obrero. Holmes caminó lentamente, de un extremo a otro del prado enmalezado, examinando con profunda atención los exteriores de las ventanas.

-Esta, de seguro, corresponde a la pieza en que dormía usted; la del centro, a la de su hermana, y la más próxima del edificio principal, a la del doctor Roylott. ¿No es así?

-Exactamente. Pero ahora duermo en la del medio.

-Mientras duran las reparaciones, según entiendo. De paso, no parece haber ninguna necesidad muy urgente de reparar aquel muro del extremo.

-Ninguna. Creo que ha sido un simple pretexto para sacarme de mi pieza.

- ¡Ah! Eso es sospechoso. Entiendo que, por el otro lado, estas tres piezas dan a un corredor, el cual supongo que tendrá ventanas. -Sí; pero muy pequeñas; demasiado pequeñas para dejar pasar a nadie.

-Ustedes cerraban sus puertas con llave por las noches de modo que sus habitaciones eran inaccesibles por ese lado. Ahora, ¿querría usted tener la bondad de ir a su dormitorio y cerrar las persianas?

La señorita Stones obedeció, y Holmes, después de examinar cuidadosamente la ventana abierta, trató por todos los medios posibles de forzar las persianas, pero infructuosamente. No había la menor rendija por donde introducir ni aun la hola de un cuchillo que permitiera levantar la barra de hierro. En seguida examinó con su lente las bisagras; pero éstas eran de fierro y estaban firmemente embutidas en la pared.

-¡Hum! -exclamó, rascándose la barba con cierta perplejidad-; por cierto que mi teoría presenta algunas dificultades. Nadie podría franquear estas persianas estando cerradas. Bien; veremos si el examen del interior nos da mayores luces.

Una puertecita lateral conducía al blanqueado corredor a que salían los tres dormitorios. Holmes se negó a examinar la tercera habitación, de modo que pasamos directamente a la segunda, la que habitaba actualmente la señorita Stoner y donde había muerto su hermana. La piececita era sencilla, con techo bajo y espaciosa chimenea, a la manera de las antiguas casas de campo. En un rincón se veía una cómoda de color oscuro; en otro, una cama angosta, con cobertor blanco; y una mesa de tocador al lado izquierdo de la ventana. Estos tres muebles, con dos sillitas de mimbre y un trozo de alfombra Wilton en el centro, componían todo el mobiliario de la pieza. El entablado y el friso de las paredes eran de madera de encina, color oscuro, pero tan vieja, carcomida y desteñida, que parecía ser de la época en que edificaron el caserón. Holmes arrastró una de las sillas hasta un rincón y se sentó silencioso, mientras su vista recorría la habitación en todos sentidos, observando hasta sus menores detalles.

-¿Con qué se comunica esa campanilla? -preguntó al fin, señalando un grueso cordón que colgaba al lado de la cama y cuya borla estaba en ese momento sobre la almohada misma.

-Con la pieza del ama de llaves.

-Parece ser de instalación más moderna que el resto del mobiliario.

-Sí; pusiéronla hace sólo dos años.

-Supongo que su hermana pidió que se la instalaran.

-No; nunca supe que la usara. Cuando necesitábamos algo, nosotras mismas íbamos a buscarlo:

-En realidad, no era necesario poner un cordón tan bueno. Permítame examinar por mí mismo el piso.

Tendióse boca abajo en el suelo y, con su lente en la mano, se arrastró ágilmente en diversas direcciones, escudriñando prolijamente las rendijas de las tablas. Lo mismo hizo, en seguida, con las maderas del friso de las paredes. Finalmente caminó hasta la cama y miró la pared de arriba abajo. Para terminar, tomó el cordón y le dio un brusco tirón.

-¡Vaya! Es una imitación -dijo.

-¿Acaso no suena?

-No, el cordón ni siquiera está conectado con ningún alambre. Esto es interesante. Usted misma puede ver que está atado a un gancho poco más arriba del agujero para el ventilador.

-¡Qué cosa más absurda! Nunca me había fijado en ello.

-¡Muy raro! -murmuró Holmes, tirando la cuerda- En esta pieza hay algunos detalles muy curiosos. Por ejemplo, qué estúpido debe de haber sido el arquitecto que abrió un ventilador entre una pieza y otra, siendo que, con el mismo trabajo, pudo haberlo comunicado con el aire libre.

-Esa innovación también es muy reciente -dijo la dama.

-¿De la misma época del cordón? -preguntó Holmes.

-Sí; por ese tiempo se hicieron varios pequeños cambios.

-Tales cambios me parecen sumamente interesantes: ¡campanillas de imitación y ventiladores que no ventilan! Con su permiso, señorita Stoner, continuaremos ahora investigando en la pieza del lado.

El dormitorio del doctor Roylott era mayor que el de su hijastra, pero amoblado con igual sencillez. Un catre de campaña, un estantito de madera lleno de libros, en su mayoría de carácter técnico, un sillón al lado de la cama, una vulgar silla de madera contra la pared, una mesa redonda y una gran caja fuerte de hierro, eran las principales cosas que se veían. Holmes anduvo lentamente por todo el contorno de la pieza, examinándolo todo con el mayor interés.

-¿Qué hay aquí adentro? -preguntó, tocando la caja fuerte.

-Papeles de negocios de mi padrastra.

-¡Oh! Luego, ¿usted ha visto lo que hay dentro?

-Sólo una vez, hace algunos años. Recuerdo que estaba llena de papeles.

-¿No habrá, por casualidad, un gato adentro?

-No. ¡Vaya una idea!

-Pues bien, ¡mire esto!

Tomó de encima de la cala un platillo con leche.

-No; no tenemos gato. Pero hay en la casa una pantera y un mandril.

-¡Ah, sí; ya recuerdo! Una pantera no es más que un gato grande; pero, con todo, no creo que un platillo de leche alcance a satisfacer su apetito. Hay un punto que desearía precisar.

Sentóse en cuclillas frente a la silla de madera y examinó su asiento con gran atención.

-Gracias. La cuestión está resuelta -dijo, levantándose y guardándose la lente en el bolsillo- ¡Hola! ¡He aquí algo interesante!

El objeto que había llamado su atención era un latiguillo de caza colgado en una esquina del catre, pero con la especialidad de que en la punta tenía un doblez como para formar un nudo corredizo.

-¿Qué le parece esto, Watson?

-Es un látigo bastante corriente; eso sí que no veo el objeto del doblez en la punta.

-Eso no es muy corriente, ¿no es cierto? ¡Ah!, el mundo es malo, pero cuando un hombre inteligente consagra su ingenio al crimen, se vuelve mucho peor. Creo haber visto ya bastante, señorita Stoner, y si usted nos permite, saldremos a caminar por el prado.

Nunca había visto a mi amigo con una expresión más torva y sombría que cuando terminamos el examen de las habitaciones. Habíamos hecho ya varios paseos de uno a otro extremo del prado, y ni la señorita Stoner ni yo nos atrevíamos todavía a interrumpir el curso de sus pensamientos, cuando, por fin, Holmes salió de su ensimismamiento.

-Es esencial, señorita Stoner -dijo-, que se ciña rigurosamente a mis consejos, en todo sentido.

-Tenga usted la certeza de que lo haré.

-La cuestión es tan grave, que no admite titubeos. Su vida misma puede depender de cómo cumpla usted mis advertencias.

-Me pongo enteramente en sus manos.

-En primer lugar, mi amigo y yo debemos pasar la noche en su pieza.

Tanto la señorita Stoner como yo nos quedamos mirándolo, atónitos.

-Sí; tiene que ser así. Permítame explicarle. Creo que allí al frente está la posada de la aldea. ¿No es así?

-Sí; es La Corona.

-Muy bien. ¿Se verán sus ventanas desde allá?

-Naturalmente que sí.

-Cuando su padraastro regrese, usted debe recluirse en su habitación, so pretexto de dolor de cabeza. Después, cuando lo sienta acostarse, abra las persianas de su ventana, descorra la aldaba de ésta, coloque allí su lámpara, para que nos sirva de señal, y en seguida retírese sin ruido y con todo cuanto pueda necesitar a la pieza que antes ocupaba. Sin duda que, a pesar de las reparaciones, usted podrá arreglárselas para pasar allí la noche.

-Oh, sí; fácilmente.

-Deje lo demás en nuestras manos.

-Pero, ¿qué harán ustedes?

-Pasaremos la noche en su pieza, e indagaremos la causa del ruido que la ha preocupado.

-Creo, señor Holmes, que usted ya ha dado con la solución -dijo la señorita Stoner, poniendo su mano sobre la manga de mi compañero.

-Tal vez.

-Entonces, por compasión, dígame la causa de la muerte de mi hermana.

-Antes de hablar, preferiría poseer pruebas más concretas.

-Por lo menos, podrá decirme si mi hermana murió de terror súbito o no, pues yo tengo mi opinión al respecto.

-No; creo que no. En mi opinión, es más probable que haya existido una causa más concreta. Ahora, señorita Stoner, debemos dejarla, pues si el doctor Roylott regresara y nos viera, nuestro viaje resultaría inútil. Adiós, y tenga coraje, porque si cumple con lo que le he dicho, puede estar segura de escapar de los peligros que la amenazan.

Sherlock Holmes y yo no tuvimos ningún tropiezo para arrendar un dormitorio, con su correspondiente saloncito, en La Corona. Nuestras piezas estaban en el segundo piso, y desde la ventana veíamos la verja de entrada y el sector habitado de la casa solariega de Stoke Moran. Al anochecer vimos pasar en coche al doctor Roylott, cuya gran corpulencia contrastaba con la figurilla del cochero que se sentaba a su lado. Este tuvo cierta dificultad para abrir la pesada verja de hierro y oímos el vozarrón del doctor que lo amenazaba, mostrándole los puños. El carruaje se alejó y, a los pocos minutos, vimos, por entre los árboles, que prendían la luz de uno de los salones.

-Debo decirle, Watson -dijo Holmes, mientras ambos nos sentábamos en medio de la creciente oscuridad-, que, realmente, me dan ciertos escrúpulos llevarlo conmigo esta noche. El peligro que corremos es manifiesto.

-¿Puedo ayudar en algo?

-Su presencia puede ser de un valor inmenso.

-Entonces, por cierto que iré. Cuando usted habla de peligro, es seguro que ha visto en esas piezas más de lo que vi yo.

-No; creo haber visto lo mismo que usted, si bien en mis deducciones lo he aventajado.

-No vi nada extraordinario, a excepción del cordón de la campanilla, y confieso que no sabría decir con qué objeto lo habrán colocado allí.

-También vio usted el ventilador?

-Sí; pero no considero tan anormal que haya un agujero entre dos piezas. Es tan pequeño, que ni una rata podría pasar.

-Yo sabía que encontraríamos un ventilador mucho antes que viniéramos a Stoke Moran.

-¡Por Dios, Holmes!

-Oh, sí; créamelo. Usted recordará que en su relato ella nos dijo que el olor de los cigarros del doctor Roylott llegaba hasta su hermana; lo cual, por cierto, me sugirió de inmediato que debía existir alguna comunicación entre ambas piezas, y que tenía que ser pequeña, pues de otro modo habría llamado la atención del fiscal durante la investigación judicial. Así, pues, yo deduje la existencia de un ventilador.

-Pero, ¿qué mal puede haber en eso?

-Bueno; por lo menos hay una curiosa coincidencia de fechas. Abren un ventilador, cuelgan un cordón, y luego muere la señora que dormía en la cama. ¿No le llama la atención eso?

-No veo ninguna relación.

-¿Notó algo muy especial respecto de esa cama?

-No.

-Estaba atornillada al suelo. ¿Ha visto usted otra igual?

-Creo que no.

-La señora no podía mover su cama, la cual tenía que estar siempre en la misma posición con respecto al ventilador y al cordón, o lo que sea, pues es evidente que éste último nunca ha sido cordón de campanilla.

-Holmes -exclamé-, pareceme entrever vagamente lo que usted insinúa. Hemos llegado en los momentos precisos para impedir la perpetración de un horrible y refinado crimen.

-Harto horrible y hartamente refinado. Cuando un médico se trastorna, se convierte en criminal de primera clase, pues tiene sangre fría y conocimientos. Es el caso de Palmer y Pritchard, que ocupaban lugares destacados en su profesión. Los planes de este hombre son más profundos todavía; pero,

con todo, creo que lograremos contrarrestárselos, si bien tendremos que ver muchos horrores en el curso de la noche. Pero, mientras tanto, fumemos una pipa con tranquilidad y charlemos durante estas horas sobre cosas más alegres.

Cerca de las nueve de la noche, la luz que se veía entre los árboles se apagó y la casa solariega quedó sumida en profundas tinieblas. Lentamente transcurrieron dos horas, y, de repente, al toque de las once, brilló la luz solitaria al frente mismo de nuestras habitaciones.

-Esa es nuestra señal -dijo Holmes, poniéndose de pie-, viene de la ventana central.

Al salir, Holmes habló dos palabras con el posadero, para explicarle que íbamos a ver a un amigo, y que posiblemente pasáramos la noche en su casa. Momentos después nos hallábamos en el camino, en plena oscuridad, con el viento helado dándonos en el rostro, mientras en medio de las tinieblas parpadeaba una lucecita amarillenta, que nos servía de norte en nuestra tétrica expedición.

Poco nos costó entrar al recinto de la propiedad, pues el viejo muro del parque estaba derrumbado en varias partes. Abriéndonos camino por entre los árboles, llegamos al prado, lo cruzamos y estábamos a punto de entrar por la ventana, cuando de en medio de un matorral de laureles surgió un bulto que parecía un niño deforme y espantosamente feo, que, después de arrastrarse por el césped, cruzó el prado corriendo velozmente, y desapareció en las sombras.

-¡Gran Dios! -murmuré-. ¿Lo vio?

En ese momento, Holmes estaba tan sobrecogido como yo, y con su mano tomada de mi muñeca, me la apretaba como un tornillo. Luego se rió en silencio y me dijo al oído:

-Esta casa es muy simpática. Ese que vimos es el mandril.

Habíame olvidado de los extraños favoritos del doctor. Me acordé entonces de la pantera, cuyo zarpazo podíamos, en cualquier momento, recibir sobre nuestras espaldas. Confieso que me sentí más aliviado cuando, después de sacarme los zapatos, siguiendo el ejemplo de Holmes, me encontré dentro

del dormitorio. Mi compañero cerró las persianas sin hacer ruido, trasladó la lámpara sobre la mesa y dio una mirada en torno de la habitación. Todo estaba como lo habíamos visto en el día. Luego, acercándoseme sigilosamente y haciendo corneta con sus manos, me cuchicheó al oído tan despacio, que apenas pude percibir estas palabras:

-El menor ruido sería fatal para nuestros planes.

Moví la cabeza, para demostrarle que había oído.

-Debemos sentarnos sin luz, pues podrían verla a través del ventilador.

Nuevamente moví la cabeza.

-No se duerma, pues puede costarle la vida. Aliste su pistola, para el caso de que la necesitemos. Yo me sentaré al lado de la cama y usted en aquella silla.

Saqué mi pistola y púsela en la esquina de la mesa.

Holmes había traído consigo una caña larga y delgada, que colocó a su lado, sobre la cama, junto a una caja de fósforos y un cabo de vela. Apagó en seguida la lámpara y quedamos a oscuras.

¡Jamás olvidaré aquella terrorífica vigilia! No se oía ruido alguno, ni el murmullo de una inspiración; sin embargo, yo sabía que mi compañero estaba sentado allí, a pocos pies de distancia, con ojos avizores y en el mismo estado de tensión nerviosa en que yo me hallaba. Las persianas impedían el paso del menor rayo de luz. Esperamos en la más completa oscuridad. Afuera se oía, de cuando en cuando, el graznido de algún ave nocturna, y hubo un momento en que se oyó un largo maullido, como de gato, que nos indicó que la pantera andaba en libertad. En la lejanía oíanse los roncocos toques del reloj de la parroquia que daba los cuartos de hora. ¡Qué largos se hacían esos cuartos! Dieron las doce, y la una, y las dos, y las tres, y nosotros seguíamos sentados en silencio, en espera de lo que pudiera ocurrir.

De repente, en dirección al ventilador, se vio un momentáneo resplandor, que desapareció inmediatamente, pero que fue seguido de un fuerte olor a aceite quemado y a metal

recalentado. Alguien había encendido una ¡interna sorda en la pieza del lado. Oí un leve rumor de movimiento, y después, de nuevo el silencio. El olor, empero, se hizo más intenso. Por media hora más continué sentado, aguzando el oído. Entonces, se oyó un nuevo rumor, muy suave y apacible, como chorro de vapor saliendo de una tetera. En ese mismo instante, Holmes saltó de la cama, encendió un fósforo, y con su caña las emprendió a furiosos latigazos contra el cordón de la campanilla.

-¿Lo ve usted, Watson? -gritó- ¿Lo oye?

Pero yo no veía nada. Cuando Holmes encendió la luz, oí claramente un silbido sordo, pero el súbito resplandor de la luz en mis cansadas retinas me hizo completamente imposible determinar qué era aquello que mi amigo fustigaba con tanta furia. Pude ver, sin embargo, que su rostro tenía una palidez mortecina, y reflejaba horror y repugnancia.

Había cesado de dar latigazos y miraba hacia el ventilador, en la altura, cuando, de repente, rasgó el silencio de la noche el grito más espantoso de que tengo recuerdo. Por momentos hízose más y más fuerte, hasta convertirse en infernal aullido, mezcla de dolor, de pavor y de furia. Dicen que hasta en la aldea, y aun en la lejana parroquia, el grito hizo salir a las gentes de sus camas. Ambos, de pie, nos mirábamos mutuamente, sintiendo que la sangre se nos helaba en las venas, hasta que, por fin, se extinguieron los últimos ecos y volvió a reinar un profundo silencio.

-¿Qué puede ser? -dije, con voz entrecortada.

-Significa que todo ha concluido -replicó Holmes Y tal vez sea para bien de todos. Tome su pistola, y entremos a la pieza del doctor Roylott.

Con cara preocupada, encendió la lámpara y salió al corredor. Dos veces golpeó en la puerta del dormitorio, pero adentro nadie respondió. Dio vuelta entonces a la manecilla, y entró. Yo lo seguía pisándole los talones, con la pistola amartillada en la mano.

Un extraño cuadro se presentó a nuestra vista. Sobre la mesa de madera había una linterna sorda, con el obturador a medio abrir, que arrojaba un brillante rayo de luz hacia la caja de caudales, cuya puerta estaba entornada junto a la mesa, sobre una silla, también de madera, sentábase el doctor Grimesby Roylott, con larga bata color gris, con los tobillos desnudos asomándole por abajo y babuchas turcas de color rojo. Sobre su falda tenía el largo látigo de mango corto que habíamos observado durante el día. Tenía la barba levantada y los ojos, de una rigidez cadavérica, fijos en un ángulo del techo. Alrededor de sus sienes tenía una extraña banda amarilla, con motas parduscas, que parecía estar fuertemente enrollada en la cabeza. Al entrar nosotros, siguió imperturbable, sin decir nada, ni hacer el menor movimiento.

-¡La banda! ¡La banda moteada! -murmuró Holmes.

Adelanté un paso. Instantáneamente, el extraño gorro comenzó a moverse, y, de entre el pelo, se levantó la achatada cabeza y el erguido cuello de una repugnante serpiente.

- ¡Es una víbora de los pantanos! -gritó Holmes Es la más mortífera de todas las serpientes de la India. Ha muerto a los diez minutos de haber sido mordido por ella. ¡La violencia se vuelve contra el que la emplea, y el malvado suele caer en la misma celada que tendió para otro! Encerremos este animal en su antro, hecho lo cual podremos trasladar a la señorita Stoner a un lugar seguro, y poner a la policía local en conocimiento de lo ocurrido.

Mientras hablaba, retiró bruscamente el látigo de la falda del muerto, y arrojando el nudo corredizo al cuello del reptil, lo sacó de su macabro sitio; luego, llevándolo lo más apartado de sí que podía, lo echó en la caja de caudales y le cerró la puerta.

Tal es la verdadera historia de la muerte del doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran. No tiene objeto que prolongue este relato, ya de por sí bastante extenso, contando cómo dimos la triste noticia a la pobre niña; cómo la llevamos en el tren de la mañana a casa de su buena tía, en Harrow; y

cómo la investigación oficial llegó a la conclusión de que el doctor había encontrado la muerte jugando imprudentemente con uno de sus peligrosos favoritos. Lo poco que aún me quedaba por saber me lo dijo Holmes al día siguiente, durante nuestro viaje de regreso.

-Debo declararle -me dijo- que en un principio había llegado a conclusiones enteramente erradas; lo que prueba, mi querido Watson, cuán peligroso es formar juicios sobre la base de datos incompletos. La presencia de gitanos y el empleo de la palabra "banda" con que la desgraciada muchacha, sin duda, quiso explicar la fugaz visión que había tenido a la luz del fósforo, bastaron para que yo errara completamente la pista. El único consuelo que me queda es que, a pesar de todo, reconsideraré instantáneamente mi hipótesis, cuando vi claramente que ningún atentado dirigido contra el ocupante de la pieza podía provenir de la ventana o de la puerta. Como ya le he hecho notar, el ventilador y el cordón de campanilla que colgaba sobre la cama atrajeron, desde luego, mi atención. El descubrimiento de que el cordón era simple imitación y que la cama estaba fija en el suelo me despertó inmediatamente la sospecha de que la cuerda estaba allí para servir de puente a algo que, pasando por el agujero, debía llegar hasta la cama. En el acto pensé en una culebra, y cuando recordé el dato de que el doctor recibía animales de la India, presentí que iba por buen camino. La idea de usar algún veneno imposible de descubrir por reactivos químicos era muy propia de un individuo inteligente y cruel, versado en los secretos del Oriente. Además, desde el punto de vista de tal sujeto, que el tósigo obrara rápidamente era una ventaja. Muy sagaz tendría que ser el fiscal que pudiera distinguir los dos puntitos oscuros de la venenosa mordedura. Pensé luego en el silbido. Por supuesto que el individuo tendría que despertar la serpiente antes de que la luz del día la hiciera visible a la víctima. Probablemente, por medio de la leche que vimos en el platillo, la había adiestrado a volver a su llamado. Echaría la por el ventilador a la hora más oportuna, en la se-

guridad de que el reptil se descolgaría por el cordón y llegaría a la cama. Bien podía morder a la durmiente, como podía que no; tal vez lograra escapar por una semana; pero, tarde o temprano, tendría que ser víctima de la fatal mordedura.

-Llegué a estas conclusiones mucho antes de entrar a la pieza del doctor. El examen de su silla me reveló que acostumbraba a estar de pie sobre ella, lo que, naturalmente, le era necesario hacer para alcanzar el ventilador. La presencia de la caja de caudales, del platillo de leche y del látigo con nudo corredizo, bastó, finalmente, para dispersar todas las dudas que aún pudieran quedarme. El ruido metálico oído por la señorita Stoner, sin duda alguna, provenía de la puerta de la cala de caudales, al ser cerrada apresuradamente por su padraastro, después de encerrar al temible ocupante. Resuelto ya en favor de esta tesis, tomé las medidas que usted conoce, a fin de probar su efectividad. Oí el siseo del animal, que de seguro usted también oyó, e inmediatamente prendí el fósforo y lo atacué.

-Con el resultado de hacerla volverse por el ventilador.

-Y también de embestir a su amo, al otro lado. Alguno de mis golpes debe de haber dado en el blanco, provocando su ira, que desató sobre la primera persona que vio. En este sentido, no hay duda de que soy, indirectamente, el causante de la muerte del doctor Grimesby Roylott; pero, a decir verdad, no tengo por ello el menor remordimiento de conciencia.

INDICE

| | |
|---------------------------------|----|
| Cinco Pepitas de Naranjas | 5 |
| El Mendigo de la Cicatriz | 28 |
| El Carbunco Azul | 56 |
| La Banda Moteada | 80 |

SIR ARTHUR CONAN DOYLE

CINCO PEPITAS DE NARANJA

EDITORIAL CENTRO GRAFICO LIMITADA

CINCO PEPITAS DE NARANJA
Inscripción en el
Registro de Propiedad Intelectual
N°